

Capítulo 6-Las lecciones del amor

Introducción

En el Capítulo 4 presentamos formalmente al ego y discutimos específicamente la estrategia del ego de tratar de confundirnos haciéndonos creer que somos cuerpos en lugar de mentes. El Capítulo 5 desarrolló el

sistema del ego, continuando la discusión anterior sobre la culpa.

Ahora en

el Capítulo 6, el sexto movimiento en nuestra sinfonía, vemos un mayor

desarrollo del sistema de pensamiento del ego. Una vez que tenemos la

culpa, ésta inevitablemente se proyecta, y una de las principales formas de

proyección es la ira o el ataque. Vamos a ver cómo y por qué el ego proyecta su pensamiento de culpa, lo que resulta en nuestro enojo y ataque.

En el Capítulo 5 también vimos la introducción formal del Espíritu Santo, y

la última sección del capítulo actual, "Las Lecciones del Amor", se llama

"Las Lecciones del Espíritu Santo". Nos centraremos también en el significado de esas importantes lecciones.

Debería ser cada vez más clara lo maravillosa y poderosa que es esta sinfonía en términos de su forma y contenido. En este sentido, quiero revisar lo que discutí brevemente en el Preludio: cómo la forma, la presentación sinfónica de las ideas de Un Curso de Milagros refleja el contenido en sí mismo. De hecho, uno incluso podría decir, tomando prestado el principio de que las ideas no abandonan su fuente, que la forma

no abandona su contenido, la forma y el contenido del Curso están inextricablemente entrelazados. Esto se volverá particularmente aparente

cuando discutamos las lecciones del Espíritu Santo, que se centran en el

proceso de aprendizaje. El mensaje de esas lecciones – que la práctica del

perdón es un proceso – se refleja en el desarrollo sinfónico del texto en sí,

que refleja muy bien el proceso de aprendizaje. De hecho, si nos fijamos en cada capítulo individualmente, encontraremos la totalidad del sistema de pensamiento de Un Curso de Milagros, incluso cuando cada uno enfatiza diferentes partes de su vasta teoría. En resumen, este es un documento increíble, tanto en la forma en que está escrito como en lo que dice. Antes de profundizar en nuestro perenne tema, la estrategia del ego – su uso de la proyección y nuestra creencia de que somos cuerpos sin mente en lugar de criaturas de la mente – revisaremos dos temas esenciales que sientan las bases para el sistema de pensamiento del ego y en lo que éste se convierte: Dios y el miedo del ego al principio de Expiación que refleja el amor perfecto y la Unidad indiferenciada del Cielo.

Dios - Creación (Extensión) - Expiación

Solo hay Dios, y como he mencionado anteriormente, Un Curso de Milagros dice relativamente poco sobre la naturaleza de Dios y del Cielo.

La verdad no es el enfoque del Curso, ya que no se puede entender. Sin embargo, dado que la realidad de Dios sienta las bases para el drama cósmico que se desarrollará, esto garantiza nuestra atención.

Brevemente resumido, el Cielo es una unidad, y el proceso de creación o extensión no va a ninguna parte, porque comienza y termina en la Mente de Dios, ya que no hay nada más que Su Mente: las Ideas no abandonan su Fuente. (II.8: 1-3) Dios creó a Sus Hijos extendiendo Su Pensamiento y conservando las extensiones de Su Pensamiento en Su Mente. Todos Sus Pensamientos están, por lo tanto, perfectamente unidos dentro de sí mismos y entre sí. El Espíritu Santo te capacita para poder percibir esta plenitud ahora.

Esta primera oración es una expresión de la Totalidad de Dios, un tema que

apareció al comienzo del Capítulo 2, y aparecerá una y otra vez.

Reitera el

principio de Expiación, que dice que la separación de nuestro Creador nunca sucedió, y que permanecemos perfectamente unidos dentro de la

Mente amorosa de Dios de la cual nunca nos fuimos: las ideas no abandonan su fuente. Este tema se repite en las lecciones del Espíritu Santo,

el cual se discutirá a continuación, donde tener y ser, y dar y recibir son lo

mismo, no aspectos de estados separados. Tenemos el Amor de Dios porque

somos el Amor de Dios y porque tenemos y somos ese Amor, solo podemos

darlo o extenderlo. Dado que esta extensión se produce solo dentro de la

mente –las ideas no abandonan su fuente – recibimos constantemente lo que

hemos dado: lo que somos y lo que tenemos. Es toda una pieza, la totalidad

de la creación.

Aquí, ahora, hay una declaración concisa del principio de Expiación:

(II.10: 7) Tener plena conciencia de la Expiación es, por lo tanto, reconocer que la separación nunca tuvo lugar.

La Totalidad de Dios, que incluye a Su Hijo, no se ha visto afectada por lo

que pareció ser la diminuta y alocada idea de que podríamos existir fuera de

la Mente de Dios. Estas son las buenas noticias y la fuente de la verdadera

alegría – seguimos siendo los seres perfectos que Dios creó uno con Él:

(II.6: 1-10) ¿De qué otra forma puedes encontrar dicha en un lugar desdichado, excepto dándote cuenta de que no estás en él? Tú no

puedes estar donde Dios no te ubicó, y Dios te creó como parte de Él.

Eso es al mismo tiempo dónde estás y lo que eres. Esto es algo

completamente inalterable. Es una inclusión total. No puedes

cambiarlo ni ahora ni nunca. Es verdad para siempre. No es una

creencia, sino un Hecho. Todo lo que Dios creó es tan verdadero como

Él. La verdad de ello radica solamente en su perfecta inclusión en Aquel Que es el único que es perfecto.

Debido a que no creemos en este simple Hecho, necesitamos que el Espíritu

Santo nos enseñe cómo volver al lugar de donde nunca nos fuimos, la Unidad que ambos tenemos y somos. Nada podría ser más fácil de aceptar

para la mente correcta, pero el ego nos convence de que este viaje es difícil,

si no imposible de lograr:

(II.11: 1-3) El ego puede aceptar la idea de que es necesario retornar porque puede, con gran facilidad, hacer que ello parezca difícil. Sin embargo, el Espíritu Santo te dice que el retorno es innecesario porque lo que nunca ocurrió no puede ser difícil. Mas tú puedes hacer que la idea de retornar sea a la vez necesaria y difícil.

Volveremos a ver este muy importante tema cuando discutamos las lecciones del Espíritu Santo. El proceso de deshacer lo que nunca sucedió

porque nunca podría suceder – el principio de Expiación – solo puede ser

fácil, pero dentro de la locura de nuestras mentes divididas tenemos la capacidad de hacer el viaje difícil y obviamente necesario. Nuestra locura

no hace que la separación sea verdadera, sino que como noso-tros la experimentemos como cierta, el regreso al estado de unidad no solo se vuelve pesado, si no aterrador.

El ego nos dice constantemente que destruimos a nuestro Creador y que

crucificamos a Su Hijo – el prototipo para el mito del evangelio – y que, como resultado de esto, nos hemos convertido en algo diferente al invulnerable Hijo que Dios creó:

(III.1: 5-8) ... el estado de ser nunca se ve amenazado. Tu mente, que es

semejante a la de Dios, jamás puede ser profanada. El ego nunca fue parte de ella, ni lo será jamás, pero a través del ego puedes oír, enseñar

y aprender lo que no es cierto. Te has enseñado a ti mismo a creer que eres lo que no eres.

Aquí hay una oración confusa, porque es uno de los pocos lugares en Un

Curso de Milagros donde se usa la palabra ego, no para la mente errada sino para toda la mente dividida. La segunda mención del ego realmente se refiere a la parte tomadora de decisiones de la mente dividida; el sistema de pensamiento del ego mismo que está fuera del pensamiento de mentalidad correcta de Expiación. Y aunque el tomador de decisiones eligió contra el Espíritu Santo y por el ego, podemos aprender de nuestro error y corregirlo.

De hecho, el Curso está orientado para señalar ese error y proporcionar los medios de perdón para deshacerlo. No es de extrañar, entonces, que el ego nunca nos permitirá escuchar la Voz que dice esta verdad. La estática del pecado, culpa y miedo continuamente ahoga el suave mensaje de Expiación del Espíritu Santo de que permanecemos tal como Dios nos creó; la falsa imagen del ego que tiene el Hijo de Dios no existe, como ahora leemos:

(IV.6: 1-2): Escucha, pues, la única respuesta del Espíritu Santo a todas las preguntas que el ego plantea: eres una criatura de Dios, una parte de Su Reino de inestimable valor que Él creó como parte de Sí Mismo. Eso es lo único que existe y lo único que es real.

Esta es la respuesta del Espíritu Santo a la afirmación del ego de que la diminuta y alocada idea ha ocurrido y que estamos, de hecho, separados de nuestro Creador y Fuente. Su respuesta de Expiación es que no pasó nada:

nada fuera de la Mente de Dios puede existir; nada fuera de la Mente de Dios es real.

(VC.8: 3-4) La plenitud del Reino no depende de tu percepción, pero tu conciencia de su plenitud sí. Sólo tu conciencia necesita protección, puesto que el estado de ser no puede ser atacado.

Nuestro natural estado de ser (el término del Curso para expresar nuestra

realidad como Cristo) no puede ser atacado o cambiado, y ciertamente no

puede ser destruido. En nuestro pensamiento delirante somos libres de atacar la totalidad del Reino, y luego increíblemente creemos que lo hemos

fragmentado con éxito, haciendo que deje de ser lo que es. Sin embargo,

esto no significa que lo hayamos afectado en realidad. Esta verdad de la

Expiación es lo que teme el ego y hace que desarrolle la estrategia que hace

que el tomador de decisiones sea parte de la mente impotente para cambiar

su elección equivocada por el ego y escuchar al Espíritu Santo en su lugar.

En consecuencia, el ego busca convencernos de que nos retiremos de la

mente y así consume su ingenioso plan de falta de mente, haciendo un mundo y un cuerpo, junto con un armamento de defensas –

enfermedad,

justificaciones para la ira y relaciones especiales – para protegernos de la

luz de la verdad.

El miedo del ego a la Expiación.

Presentamos este tema con la siguiente declaración:

(II.5: 5-7) ... la Expiación es la necesidad universal en este mundo.

Percibirte a ti mismo de esta manera es la única forma de hallar felicidad en el mundo. Eso se debe a que es el reconocimiento de que tú

no estás en este mundo, pues el mundo es un lugar infeliz.

Si no estamos en el mundo, no podemos ser cuerpos. ¿Qué somos entonces?

Hacernos esta pregunta provoca el miedo del ego, porque responderla nos

lleva a reconocer nuestra identidad como mente, lo que nos permite escuchar la Voz que deshace el ego y su sistema de pensamiento de culpa y

miseria. Y entonces el ego lucha contra la verdad de la Expiación mediante

el desarrollo de su estrategia de falta de mente, asegurando que esa forma de salir del mundo – el perdón de la mente – esté por siempre prohibida para nosotros.

(II.10: 3) Puesto que se encuentra en tu mente, ésta sólo puede creer lo que es verdad.

De nuevo, como siempre, esta simple declaración engendra el miedo del ego a la mente, que tiene el poder de elegir creer solo lo que es verdad, rechazando así el loco mundo de ilusiones del ego.

(II.10: 4-6) El Espíritu Santo puede hablar únicamente en favor de eso porque habla en favor de Dios. Te insta a que le devuelvas toda tu mente a Dios, ya que en realidad tu mente nunca se separó de Él. Si nunca se separó de Él, sólo tienes que percibirla tal como es para que retorne a Él.

Para garantizar que nunca percibamos la verdad dentro de nuestras mentes,

el ego desarrolla su ahora familiar estrategia de dejarnos sin mente. Tanto

implícita como explícitamente, Jesús nos recuerda continuamente la importancia de entender la motivación del ego para mantenernos en un

estado perpetuo de falta de mente, la única motivación para creer en la

existencia del mundo y del cuerpo. Sin tal comprensión del plan del ego,

inevitablemente distorsionaremos las enseñanzas del Curso, así como también las mal aplicaremos en nuestras vidas personales. Esto obliga a

repetir la siguiente declaración por excelencia de la Expiación que infunde

terror en el ego, la parte de nosotros a la que le gusta estar separados y ser

nosotros:

(II.10: 7-8) Tener plena conciencia de la Expiación es, por lo tanto, reconocer que la separación nunca tuvo lugar. El ego no puede

prevalecer contra esto porque ello es una afirmación explícita de que él nunca existió.

Si elegimos contra el ego y por el principio de Expiación del Espíritu Santo, el ego debe desaparecer, ya que no puede existir en el estado no separado de la Unidad perfecta, reflejada por la Expiación. Si no hay ego, no hay un yo separado y especial que impulse nuestras mentes locas a encontrar formas de proteger este yo de cualquier manera que puedan en contra de nuestra elección de aceptar la Expiación para nosotros mismos, nuestra única responsabilidad (T-2.V.5:1).

(IV.1: 1-3) Recuerda que el Espíritu Santo es la Respuesta, no la pregunta. El ego siempre habla primero. Es caprichoso y no le desea el bien a su hacedor.

No podemos elegir la Respuesta a menos que sepamos la pregunta para la cual es la respuesta. Esta pregunta puede entenderse como: ¿por qué nuestras mentes tomadoras de decisiones eligieron el ego y por qué persistimos en hacer la misma elección para separarnos? Ahora sabemos que el ego nos "protege" de la Respuesta al dejarnos sin mente, asegurando que nunca podamos acceder al Espíritu Santo. A la luz de esto, nos corresponde elegir el milagro, que nos permite volver nuestra atención a la mente donde finalmente podemos llevar la pregunta a la Respuesta. Esta, por supuesto, es la razón por la cual el ego no le desea el bien a su hacedor.

Teme que en cualquier momento particular la parte tomadora de decisiones de la mente - su hacedor - se volverá sensata y elegirá en su contra, como veremos en el siguiente pasaje. Así, el Hijo de Dios se convierte en el enemigo del ego, al mismo tiempo que el ego debe su existencia al poder de

este enemigo. Es por eso que el conflicto gobierna nuestro mundo y nuestras vidas individuales: el conflicto es nuestro hacedor, y el medio por el cual se mantienen nuestros seres especiales.

(IV.1: 4-7) Cree, y con razón, que su hacedor puede dejar de brindarle apoyo en cualquier momento. Si te deseara el bien se alegraría de ello, tal como el Espíritu Santo se alegrará cuando te haya conducido de vuelta a tu hogar y ya no tengas necesidad de que Él te guíe. El ego no se considera a sí mismo parte de ti. En eso radica su error fundamental, la base de todo su sistema de pensamiento.

Es importante destacar que el tú no es el cuerpo. Casi siempre, cuando aparece la palabra tú en Un Curso de Milagros, Jesús se refiere a la parte de la mente que puede aprender, al tomador de decisiones que es el objeto (y sujeto) de su enseñanza. El ego sabe que él no es parte de nosotros y está aterrorizado por el poder de nuestra mente tomadora de decisiones para elegir en contra de él. Esto significa que el ego reconoce que no es el tomador de decisiones y trata de convencer a la mente de que ella es el ego, sabiendo todo el tiempo que le debe su vida a este poder existente más allá de sí mismo, el cual lo eligió. De esto, de nuevo, surge la ingeniosa estrategia del ego para dejarnos sin mente, negando así la mente, lo único en el universo que puede deshacer el ego. Él no puede ser deshecho por el Espíritu Santo, Jesús, o incluso por Dios, sino solo por nosotros mismos. Recuerda, el tomador de decisiones es solo la parte de la mente del Hijo que elige entre la Expiación o la separación, la parte que el ego busca anular y dejar sin poder.

(IV.2: 9) Las actividades más ingeniosas del ego no han hecho más que enmarañar la pregunta, pues dispones de la respuesta y el ego te tiene miedo.

Necesitamos notar con qué frecuencia aparece este tema. Hablando musicalmente, es como escuchar repetidamente el mismo tema, pero con diferentes instrumentos y coloración. Cuando se entiende este tema, es para eso que destaco sus numerosas repeticiones, entendemos la motivación para fabricar el mundo y el propósito de elegir nuestras vidas personales. Esto también nos ayuda a comprender por qué hacemos tan firmemente lo contrario de lo que enseña este curso, incluso cuando estamos seguros de que lo estamos practicando fielmente.

(IV.6: 3-4) Has elegido un sueño en el que has tenido pesadillas, pero el sueño no es real y Dios te exhorta a despertar. Cuando le oigas no quedará ni rastro de tu sueño porque despertarás. El sueño es el sistema de pensamiento de separación del ego, incluidas las formas multitudinarias en que desarrolla su sistema de pensamiento del pecado, la culpa y el miedo, y el campo de batalla específico de la relación especial. Todo desaparece en el instante en que ya no deseamos identificarnos con las figuras especiales en estos sueños locos de separación.

(IV.6: 5-6) Tus sueños contienen muchos de los símbolos del ego y éstos te han confundido. Eso se debe, no obstante, a que estabas dormido y no te dabas cuenta de ello. En otras palabras, estamos confundidos por todos los aspectos del mundo, buscando descubrir la clave para entender el rompecabezas del universo, pero nunca tendremos éxito porque no reconocemos que la naturaleza ilusoria no puede ser entendida. La única forma en que el mundo tiene sentido es en términos de su propósito de mantenernos sin mente, ya que todo aquí está orientado a enraizarnos en los sueños del ego de individualidad y especialismo.

(IV.6: 7-8) Cuando despiertes, verás la verdad a tu alrededor y dentro

de ti, y ya no creerás en los sueños porque estos dejarán de ser reales para ti. El Reino, en cambio, y todo lo que allí has creado, será sumamente real para ti porque es hermoso y verdadero. Este, por supuesto, es el miedo del ego. Para cambiar las metáforas dentro de nuestro tema, el ego teme que despertemos, y se esfuerza por mantenernos en un sueño perpetuo de falta de mente. Nos enseña, a través de la culpa, que la mente es peligrosa, porque allí Dios nos destruirá. Para defendernos contra este pensamiento, soñamos un mundo en el que creemos que estamos a salvo, el mundo del cuerpo sin mente. Sin embargo, cuando se abre el ojo de la mente, el sueño desaparece, y en la medida en que creemos que somos la figura del sueño y no el soñador, nosotros también crearemos que desapareceremos. La verdad, sin embargo, es que todo lo que desaparece es el sueño, dejando como nuestro Ser la radiante belleza de nuestra realidad en el Reino de la creación de Dios. En este próximo pasaje, Jesús explica por qué el mundo lo odiaba, una expresión del miedo del ego al principio de Expiación. Tal odio refleja este pilar del sistema defensivo de miedo y proyección del ego. (VB.1: 5-6) Muchos pensaron que yo les estaba atacando, aunque es evidente que eso no era cierto. Un alumno desquiciado aprende lecciones extrañas. Esta extraña lección es que el amor es peligroso y que tenemos una justificación para temer al principio de Expiación, al Espíritu Santo y a la persona cuya presencia dentro del sueño representa el mensaje de que la separación del Amor de Dios nunca ocurrió: el recuerdo de este Amor ha permanecido completamente presente en nuestra mente dormida. Por lo tanto, debemos olvidar todo lo que aprendimos de la Biblia y pensar solo en

lo que Jesús dice aquí. El mundo le temía porque expresó el principio de Expiación, y si es cierto que la separación es una ilusión, entonces, no existimos. De ahí, nuestra reacción defensiva en represalia por esta afrenta a nuestro ser individual y especial; la percepción de ataque siempre conduce a un justificado contraataque.

(VB.1: 7-9) Lo que tienes que reconocer es que cuando no compartes un sistema de pensamiento, lo debilitas. Los que creen en él perciben eso como un ataque contra ellos. Esto se debe a que cada uno se identifica con su propio sistema de pensamiento, y todo sistema de pensamiento se centra en lo que uno cree ser.

El Espíritu Santo representa un sistema de pensamiento que es totalmente antitético al ego. En nuestra elección por el Espíritu Santo, el ego desaparece. En este mundo, el ego nos dice que la separación, el pecado y el cuerpo son reales, y que el plan de expiación de Dios para nosotros es que suframos y nos sacrifiquemos, ganándonos así Su perdón, lo que significa que nos dará Su bienvenida nuevamente a casa. Nuestra identidad como un yo separado está enraizada en este sistema de pensamiento de locura. Del mismo modo, Jesús y Un Curso de Milagros representan un sistema de pensamiento que dice que no existimos. Por cierto, permaneceremos con estos dos símbolos, aunque el número de símbolos del principio de Expiación a lo largo de la historia es legión. La presencia misma de Jesús en nuestro mundo de sueños es una declaración de que esto nunca ocurrió, porque el sueño se basa en la premisa de que la separación del Amor de Dios realmente sucedió. Si este Amor está aquí, ya sea como el principio de

Expiación de la mente o como alguien que lo ejemplifica en el mundo,
Su
Presencia representa una gran amenaza para el sistema de
pensamiento del
ego y para la existencia separada que éste predica. Al identificarnos
con
esta existencia, debemos creer que estamos siendo atacados por el
amor y
atacaremos a cambio. Esto, entonces, es a lo que se dirige Jesús,
expresando
en la forma, el contenido temeroso del ego de nuestra mente eligiendo
la
Expiación.

Los siguientes dos párrafos de "Las Lecciones del Espíritu Santo"
resaltan
nuestra capacidad de elegir.

(VB.4: 1-2) El ego – operando a la inversa como de costumbre – percibe
la primera lección como algo demente. De hecho, ésta es su única
alternativa, pues la otra posibilidad, que sería mucho menos aceptable
para él, es obviamente que él es el que es demente.

Como el ego nunca quiere que reconozcamos su propia locura, nos
dice que
la primera lección – Para poder tener, da todo a todos, la cual deshace
el
principio del ego de uno u otro – es una locura. Pero la creencia de que
puede estar fuera de la Mente de Dios es lo que es verdaderamente
loco. El

ego asegura que nunca veamos cómo la mente loca dio lugar a un
mundo
loco al borrar la mente de la memoria. Esto allana el camino para que
el ego
ilusorio parezca ser la voz de la verdad.

(VB.4: 3-4) En esto, como en todo, los juicios del ego están
predeterminados por lo que él es. El cambio fundamental tendrá lugar
cuando el pensador cambie de mentalidad.

Este es, entonces, el miedo del ego: el verdadero cambio solo puede
provenir de la mente del pensador. Es por eso que este no es un curso
en

cambiar el mundo, hacer milagros o tener círculos de oración; de
hecho, no

se trata de hacer alguna cosa aquí. Jesús nos dice que el cambio fundamental solo puede ocurrir en la mente. Para protegerse a sí mismo, como hemos visto y volveremos a ver en el presente, el ego nos deja sin mente – y si no sabemos que tenemos una mente, ¿cómo podemos cambiarla? En consecuencia, nos involucramos en cambios que involucran a nuestros cuerpos o los de los demás, o en tratar de enseñar la verdad en el nivel dualista del cuerpo, cualquier cosa para no volver a la mente. Así, el Cristianismo y otras religiones formales evolucionaron como lo hicieron. Su enfoque en lo externo llamó la atención hacia el mundo en lugar de hacia la mente, donde se necesita un cambio. Al ego no le importa cuán dedicados y devotos seamos al camino espiritual, siempre y cuando no relacionemos nuestra espiritualidad con la mente. De hecho, bendice todas las expresiones de comportamiento (sin mente) de nuestra devoción. (VB.4: 5-6) Mientras tanto, la progresiva claridad de la Voz del Espíritu Santo hace que sea imposible que el alumno no la oiga. Por algún tiempo, pues, recibirá mensajes conflictivos y aceptará los dos. Todos experimentamos este conflicto, que no es entre personas, naciones o ideologías, sino siempre y únicamente entre el ego y el Espíritu Santo, Quien por supuesto no está luchando contra nadie ni nada. Mientras más fuerte se vuelve la Voz del Espíritu Santo – es decir, cuanto más elegimos escucharla – más temerosa será la respuesta del ego. El ego dice que, si continuamos escuchando al Espíritu Santo, dejaremos de existir. Sin embargo, como no somos nuestros egos, es únicamente el ego el que desaparecerá. Una vez más, el ego nos explica que necesitamos movilizarnos muy rápida y fuertemente para erigir defensas contra el poder de decisión de la mente.

(VB.5: 1) La manera de escapar del conflicto que surge de dos sistemas de pensamiento que se oponen entre sí consiste claramente en escoger uno y abandonar el otro. El ego nunca quiere que comprendamos que hay dos sistemas de pensamiento opuestos en la mente. De hecho, no quiere que comprendamos que hay una mente en absoluto. El ego sabe que, si nos encontramos cara a cara con estos sistemas de pensamiento mutuamente excluyentes, la separación y la Expiación, elegiríamos correctamente, habiendo reconocido nuestra elección equivocada. Por lo tanto, el ego nos hace proyectar el conflicto, por el cual, por ejemplo, los líderes nacionales nos dirán que el problema es entre el bien y el mal: nosotros somos los buenos y ellos son los malos. El conflicto se percibe afuera, donde uno triunfa y el otro es vencido. Todo esto no es más que una trama ingeniosa y brillantemente ejecutada para evitar que el verdadero conflicto sea alguna vez resuelto.

Para evitar que esto suceda, el ego fabrica el mundo y el cuerpo sin mente, el tema de nuestra próxima sección.

(VB.5: 2) Si te identificas con tu sistema de pensamiento, lo cual es inevitable, y aceptas dos sistemas de pensamiento que están en total desacuerdo, es imposible gozar de paz mental.

Nadie puede ser verdaderamente pacífico aquí, porque el conflicto interno

de los dos sistemas de pensamiento está continuamente siendo proyectado.

Luego vemos el conflicto fuera de la mente, donde nunca se podrá resolver.

Dado que el conflicto no resuelto y sin curar de la mente siempre genera un

mundo en conflicto, nada puede cambiar porque nuestro mundo fue hecho

para no cambiar. Para repetir esta idea central, un cambio significativo

ocurre solo en la mente, pero si no tenemos una mente, es imposible un

cambio significativo – éste es el máximo propósito del ego.

(VB.5: 3-5) Si enseñas ambos sistemas, que es lo que probablemente harás mientras los aceptes a los dos, estarás enseñando conflicto y también aprendiéndolo. Sin embargo, tú deseas la paz, pues, de lo contrario, no habrías invocado a la Voz de la paz para que te ayudase. Su lección no es demente, pero el conflicto sí.

Cuando las personas intentan enseñar espiritualidad en el nivel de comportamiento, como casi todos lo hacen, enseñan sistemas de pensamiento en conflicto. Esto muestra por qué las religiones formales terminan siendo tan odiosas como el pecado que debían deshacer, y por qué

Jesús hace la siguiente declaración en el folleto de Psicoterapia.

La religión institucionalizada no ocupa ningún lugar en la psicoterapia, como tampoco tiene un auténtico lugar en la religión. En este mundo existe una tendencia asombrosa a unir palabras contradictorias en un mismo término sin percibir la contradicción en absoluto. Tratar de institucionalizar la religión es un intento tan obvio por parte del ego de reconciliar lo irreconciliable que no merece que nos extendamos en ello aquí. (P-2.II.2: 1-3).

Del mismo modo, los estados nacionales que intentan preservar el mundo

del miedo terminan aumentando el miedo preservando el conflicto inconsciente del ego. Lamentablemente, no somos conscientes de que casi

siempre estamos enseñando dos sistemas de pensamiento en conflicto, y

aunque solo uno de ellos es cierto, con nuestras proyecciones mantenemos

este conflicto ilusorio y lo preservamos de la corrección curativa de la mente correcta.

(VB.6: 1-2) Entre la cordura y la demencia no puede haber conflicto.

Sólo una de ellas es verdad y, por lo tanto, sólo una de ellas es real.

El propósito de Jesús es mostrarnos su sistema de pensamiento, yuxtapuesto

con el del ego. Como él dice más tarde: "A quién que esté respaldado por el

Amor de Dios podría resultarle difícil elegir entre los milagros y el asesinato? (T-23.IV.9:8). La elección no es difícil una vez que vemos

claramente que un sistema de pensamiento es asesino y que el otro trae paz.

Sin embargo, si no podemos verlos con los ojos abiertos, no podemos elegir

entre la cordura y la demencia. En eso se basa la simplicidad de la salvación:

(VC.9: 1-2) La verdad está exenta de ilusiones y, por lo tanto, mora dentro del Reino. Todo lo que está fuera del Reino es ilusorio.

El Espíritu Santo les recuerda a nuestras mentes tomadoras de decisiones

que el verdadero Ser está solo en el Reino; el ser separado es una ilusión.

Este hecho es el deshacimiento del ego y nos lleva a examinar el papel del

cuerpo en la estrategia de autoconservación del ego. Es importante que los

estudiantes de Un Curso de Milagros reconozcan que el propósito del ego

para el cuerpo es aprisionarnos en el sueño. Cuando esto se entiende, el

significado del mundo se vuelve claro como el cristal, y su propósito se puede cambiar al aprendizaje de nuestra libertad para elegir la mente, el

prerrequisito para despertar de la pesadilla de separación del ego a nuestra

alegre realidad dentro del Reino.

La estrategia del ego: el cuerpo sin mente.

(IV.4: 1) El ego no puede oír al Espíritu Santo, pero cree que parte de la mente que lo hizo está en su contra.

El ego no sabe acerca del Espíritu Santo, y no tiene el concepto de amor o

Expiación. ¿Cómo podría ser eso? Como el ego es separación, el concepto

de no-separación está mucho más allá de él. Pero sí entiende la amenaza, en

la medida en que reconoce que debe su existencia al poder de la mente para

elegirlo. Como la mente hizo el ego, el terror del ego es que en algún momento el tomador de decisiones reconozca su error y retire la creencia en

él. A medida que la creencia del Hijo se retira del ego y se deposita en el

Espíritu Santo, el ego desaparece forzosamente.

(IV.4: 2) Interpreta esto como una justificación para atacar a su hacedor.

El ego atacará al tomador de decisiones de la mente al intentar hacerlo impotente, y, de ser posible, inexistente. El ego busca derrotar a su enemigo

percibido, cuya existencia misma constituye la mayor amenaza a su aparente autonomía.

(IV.4: 3) Cree que la mejor defensa es el ataque, y quiere que tú creas eso también.

Siempre debemos recordar que el tú se refiere al tomador de decisiones en

nuestras mentes. El mundo y nuestra existencia en él se basan en el ataque,

ya que no creeríamos que estamos aquí como entidades separadas, si el ego

no hubiera logrado primero convertir a nuestro ser tomador de decisiones en

su aliado, convenciéndolo de que el Hijo de Dios había atacado con éxito a

su Creador. Esto hace que el ataque no solo sea una realidad, sino también

una defensa vital en la guerra del ego contra la mente.

(IV.4: 4-5) A no ser que lo creyeses no te podrías poner de su parte, y el

ego tiene gran necesidad de aliados, aunque no de hermanos. Al percibir en tu mente algo ajeno a sí mismo, el ego hace del cuerpo su aliado porque el cuerpo no forma parte de ti.

El ego no quiere un hermano, en el sentido de que no quiere que las cosas

sean iguales, creyendo en la separación y la diferenciación. Sin embargo, sí

quiere aliados, y su principal aliado es el cuerpo. Mientras que el ego sabe

que el cuerpo no es parte de la mente, nos mantiene oculto ese hecho. Y

como el cuerpo no es parte de nosotros, el ego puede usarlo como un aliado

en su guerra contra la mente, a la que teme y en la que no confía.
(IV.4: 6-8) Esto hace del cuerpo el amigo del ego. Ésta es una alianza claramente basada en la separación. Si te pones de parte de esta alianza
no podrás sino sentir miedo porque te estarás poniendo de parte de una
alianza basada en el miedo.
Cada vez que hacemos una alianza, nos estamos aliando contra algo o alguien. El hecho mismo de que nosotros necesitemos una alianza nos dice
que hay algo que tememos, lo cual la propia alianza viene a simbolizar – sin
temor, no necesitaríamos la defensa de los aliados. Este es el significado de
la declaración mencionada anteriormente, "... las defensas dan lugar a lo
que quieren defender" (T-17.IV.7:1).
(IV.5: 1) El ego se vale del cuerpo para conspirar contra tu mente, y puesto que el ego se da cuenta de que su "enemigo" puede acabar con él
y con el cuerpo reconociendo simplemente que no forman parte de él,
él
y el cuerpo se unen para llevar a cabo un ataque conjunto.
El tomador de decisiones de la mente, el enemigo del ego, puede poner fin a
la existencia del cuerpo y del ego en un instante, un instante santo.
Para
garantizar que esto nunca suceda, el ego nos mantiene en un estado de falta
de mente. La mente errada y cuerpo se unen en un ataque contra el tomador
de decisiones al sacarlo de su mente, haciendo que el Hijo de Dios crea que
no es un pensamiento sino un cuerpo que es un aliado perenne del ego. No
obstante, como lo veremos en un momento, el cuerpo no es nada porque
simplemente cumple las órdenes del ego. El ego nos dice que el cuerpo es

nosotros mismos, y que la única manera de preservar nuestra existencia es haciendo que el cuerpo nos informe que hay un mundo allí afuera – no adentro – donde no hay mentes, sino únicamente cerebros. El ego prospera en este engaño, razón por la cual cuando los científicos hablan de la mente como una actividad del cerebro, no tienen idea de que han caído en la trampa del ego. En realidad, nunca podrán entender la mente porque están buscando en el lugar equivocado. De hecho, la mente no está en ningún lugar en absoluto, ya que es no-espacial y no-local.

(IV.5: 2) Tal vez esta sea la más extraña de todas las percepciones, si te detienes a considerar lo que ello realmente implica. Aquí está el por qué nunca consideramos lo que implica el sistema de pensamiento del ego, ni nos damos cuenta de la locura de su mundo. Ciertamente creemos que hay locura aquí, pero la mayoría de las personas todavía tienen esperanzas de encontrar cordura. Eso, sin embargo, nunca sucederá aquí, y este reconoci-miento es el único pensamiento cuerdo que uno puede tener en el mundo. Entendiendo esto, dejamos la puerta abierta para nuestro retorno a la verdadera cordura: la mente tomadora de decisiones eligiendo el Espíritu Santo.

(IV.5: 3-4) El ego, que no es real, trata de persuadir a la mente, que sí es real, de que ella es su recurso de aprendizaje; y, lo que es más, de que el cuerpo es más real que ella. Nadie que esté en su mente recta podría creer semejante cosa, y nadie que está en su mente recta lo cree. El ego va más allá de decir que el cuerpo es más real que la mente; nos dice que la mente no es real en absoluto. Inteligentemente, el ego usa la mente, su recurso de aprendizaje, para convencernos de que ella no existe, al

hacernos creer en el sueño corporal y sin mente: somos un cuerpo hecho por otros cuerpos; amado, odiado, y finalmente asesinado por ellos. El terror del ego es que, si alguna vez nos volvemos hacia la mente correcta, nosotros simplemente nos reiríamos de la imposibilidad de tales tonterías. El ego usa el cuerpo para asegurarse de que permanezcamos inconscientes de su engaño de la falta de mente, ocultando así el verdadero poder de la mente, como ahora leemos:

(VA.2: 6-7) Si la mente puede curar al cuerpo, pero el cuerpo no puede curar a la mente, entonces la mente tiene que ser más fuerte que el cuerpo. Todo milagro es una demostración de esto.

El reconocer el poder de la mente como causa, con el cuerpo como un simple efecto, nos permite cambiar nuestra decisión equivocada - el papel

del milagro. A medida que la mente se cura, la tiranía del ego del sueño de

la vida y la muerte termina y despertamos a nuestra vida eterna como Cristo:

(Va.1: 1-5) Cuando tu cuerpo, tu ego y tus sueños hayan desaparecido, sabrás que eres eterno. Tal vez pienses que esto se logra con la muerte,

pero con la muerte no se logra nada porque la muerte no es nada.

Todo

se logra con la vida, y la vida forma parte del ámbito de la mente y se encuentra en la mente. El cuerpo ni vive ni muere porque no puede contenerte a ti que eres vida. Si compartimos la misma mente, tú puedes superar la muerte puesto que yo la superé.

El cuerpo no es nada. Esta es la primera declaración de este tema tan importante que volverá a aparecer nuevamente, y también en el libro de

ejercicios y en el manual. El cuerpo es literalmente nada: no vive ni muere;

no se enferma ni se cura; no ve, ni escucha ni piensa. Como una marioneta,

simplemente sigue las órdenes de la mente. Originalmente hecho por el ego

para ser el hogar de nuestra moribunda existencia, reforzando así la creencia en la muerte como el castigo supremo por el pecado, el cuerpo se transforma al tener el propósito de ser el medio para nuestro regreso a la mente, el hogar de la Expiación que suavemente nos restaura a la vida eterna.

(Va.1: 6-7) La muerte es un intento de resolver conflictos no tomando ninguna decisión. Al igual que todas las demás soluciones imposibles que el ego propugna, ésta tampoco resultará.

La muerte no resuelve nada porque es del cuerpo, no de la mente. Sin embargo, la muerte tampoco es nada, siendo solo un pensamiento en la

mente ilusoria del ego que soñó el loco drama de la vida y la muerte.

(VA.2: 1) Dios no creó el cuerpo porque el cuerpo es destructible, y, por lo consiguiente, no forma parte del Reino.

Aquí hay uno de los innumerables lugares en Un Curso de Milagros que dice que Dios no creó ni el mundo ni el cuerpo. Como son destructibles

-

cambian, se descomponen, se deterioran y mueren - el mundo y el cuerpo

son exactamente lo contrario del Cielo inmutable y eterno. Como son estados mutuamente excluyentes, la vida y la muerte, la inmutabilidad y el

cambio, la unidad y la separación, no pueden coexistir. Solo uno puede ser

verdad, y este hecho es la base metafísica de las enseñanzas de Jesús sobre

el perdón: perdonamos lo que nunca sucedió porque no podía suceder - el

amor perfecto no puede ser destruido.

(VA.2: 2-3) El cuerpo es el símbolo de lo que crees ser. Es a todas luces un mecanismo de separación y, por lo tanto, no existe.

De esto, podemos entender por qué el ego no quiere que aprendamos el

Curso y regresemos a la mente, entonces, nos hace creer en cambio que

Jesús quiere que nuestros cuerpos se vuelvan más santos, más felices y más

saludables. Nos anima a orar por los demás y enviar pensamientos de amor y curación, y bendiciones para reforzar la separación. Los estudiantes más devotos de Un Curso de Milagros también lo hacen, porque temen reconocer la nada inherente del cuerpo. En verdad, no es al cuerpo al que hay que rezarle, sino a la mente que lo fabricó para olvidar lo que realmente necesita curación.

El cuerpo también sirve a la estrategia del ego al mantener la culpa real.

Como vimos en el Capítulo 5, la culpa sostiene la separación, y una vez creída, se proyecta desde la mente para evitar el castigo y se localiza en el

cuerpo específico y separado. Como dice el libro de ejercicios, "Así fue como surgió lo concreto" (L-pl.161.3:1) – necesitamos odiar algo. Si queremos deshacernos de la culpa por nuestra separación de Dios, necesitamos un cuerpo sobre el cual proyectar nuestra culpa para que Dios

vea nuestro pecado en los demás y los castigue. Aquí reside el propósito

para el que el mundo fue creado para servir, y por qué está lleno de símbolos específicos de separación llamados cuerpos. Lo siguiente resume

acertada y sucintamente el uso que el ego hace del cuerpo y sus efectos:

(VA.5: 3-4) El ego se vale del cuerpo para atacar, para obtener placer y para vanagloriarse. La locura de esta percepción la convierte en algo verdaderamente temible.

Como el propósito final del ego es mantenernos sin mente, éste se proyecta

en un cuerpo que, dado que las ideas no abandonan su fuente, simplemente

replica el sistema de pensamiento subyacente de culpa y ataque, el cual

permanece intacto. Además, dado que la culpa del ego es placentera, transfiere ese pensamiento loco al cuerpo, que ahora se convierte en la sede

del placer. Cuando el placer está ausente, experimentamos dolor. Sin

embargo, la forma no importa, ya que, de cualquier manera, placer o dolor, la realidad experimentada por el cuerpo mantiene la culpa proyectada de la mente fuera de la conciencia, reforzando el miedo a las represalias y a la muerte. Por lo tanto, recurrimos a la proyección y nos enfocamos específicamente en su dinámica de ataque, el protector de la culpa y su hogar.

Proyección: ira y ataque.

Por primera vez, nuestra sinfonía considera seriamente la proyección, a pesar de que el término apareció muy pronto en el segundo movimiento (T2.I.1:7). Mirando hacia el futuro, la proyección surgirá como uno de los principales bloques de construcción del sistema de pensamiento del ego. Si no la entendemos, lo que significa que no entendemos la estrategia del ego, nunca entenderemos por qué el perdón es tan importante y por qué es el corazón del mensaje del Curso. El significado y la esencia del perdón se encuentra en el contexto de la proyección: primero proyectamos la culpa de la mente en un intento mal-adaptativo para deshacernos de ella, y luego reversionamos la proyección a través del milagro para que la mente vuelva a elegir.

(II.1: 5-6) Dijimos anteriormente [en los primeros capítulos] que la separación fue y sigue siendo un acto de disociación, y que una vez que tiene lugar, la proyección se convierte en su defensa principal, o, en otras palabras, el mecanismo que la mantiene vigente. La razón de ello,

no obstante, puede que no sea tan obvia como piensas.

Primero nos separamos (es decir, nos disociamos) de Dios – el ser del Ser –

y luego separamos el ser de mentalidad-errada del ser de mentalidad correcta. El ego completa su sistema de defensas separando de la mente por completo a este ser de mentalidad-errada, proyectándolo y creando un mundo macrocósmico y un cuerpo microcósmico. La proyección, entonces, se convierte en la principal línea de defensa del ego, y Jesús ahora explica

lo que sucede en este proceso:

(II.2: 1) Repudias lo que proyectas, por lo tanto, no crees que forma parte de ti.

La base para la proyección es la creencia de que nos separamos de Dios, y

que el ser separado es nuestra identidad. El ego nos enseña que este yo es

pecaminoso y que está abrumado por la enormidad del pecado, experimentado como culpa, por la cual tememos el castigo que estamos

seguros resultará, ya que la culpa así lo exige. Como hemos visto, esta trinidad impía del pecado, la culpa y el miedo es el núcleo de la estrategia

del ego para conseguir que abandonemos la mente, fabricando un mundo y

un cuerpo, creyendo que, de otra manera, seremos destruidos. Nos permitimos estar convencidos de que la culpa es nuestra realidad, y que es

imperativo que seamos salvados de ella a través de la proyección. Nos esforzamos por deshacernos de este odio a nosotros mismos, repudiando

nuestro sentimiento de culpabilidad y proyectán-dolo en este mundo recién

fabricado, lleno de cuerpos recién fabricados a la espera de que lo hagamos.

No hace falta decir que estos cuerpos nos están haciendo lo mismo a nosotros.

(II.2: 2) Te excluyes a ti mismo al juzgar que eres diferente de aquel contra el que proyectas.

El término diferente es crucial en Un Curso de Milagros, un tema que aparece repetidamente en nuestra sinfonía. El ego comienza con la idea de

que somos diferentes de Dios en virtud de habernos separado de Él.
Luego

proyectamos la culpa que inevitablemente resulta de esa creencia y le decimos a otro: "Tú eres culpable, y, por lo tanto, eres diferente de mí. Como te he dado mi culpa, estoy sin ella - sin culpa e inocente. Dios te castigará a ti en lugar de a mí".

(II.2: 3) Puesto que también has juzgado contra lo que proyectas, continúas atacándolo porque continúas manteniéndolo separado de ti. Si miramos cuidadosamente, veríamos que la proyección no logra lo que se

supone que debe hacer, aunque no mirar hacia adentro funciona maravillosamente para el ego. La culpa permanece en la mente porque los

pensamientos no desaparecen al darlos: nuevamente, las ideas no abandonan su fuente. En términos de amor y culpa, dar y recibir son lo mismo. Mantenemos esta autoimagen odiada - ya que hemos juzgado en su

contra - pero ahora por arte de magia creemos que nos hemos librado de

ella dándosela a otros, a quienes mantenemos separados a través de la culpa

proyectada que ahora se ve en ellos. Todo el tiempo nuestra culpa permanece dentro, pero ahora está protegida por la proyección: la loca creencia de que nuestra culpa puede estar en otro. Este es el significado

detrás de las palabras de Jesús en el libro de ejercicios: "Dicho pensamiento

[que no perdona] protege la proyección ..." (L-pII.1.2:3). Los pensamientos

de ataque dirigidos hacia otros ocultan el pensamiento original de ataque

contra Dios, lo que engendra la culpa que continuamente supura de nuestras

mentes, aunque nos esforzamos por mantenerla separada de nosotros. Ahora

leemos más sobre este proceso odioso que mantiene la dinámica de proyección fuera de la conciencia:

(II.2: 4) Al hacer esto de manera inconsciente tratas de mantener fuera de tu conciencia el hecho de que te has atacado a ti mismo, y así te imaginas que te has puesto a salvo.

Yo no soy una criatura culpable del pecado, ¡tú lo eres! Mágicamente espero mantener la creencia en mi seguridad – libre de culpa – al creer que

la culpa está fuera de mí. Esta es la razón por la cual nuestros mundos individual y colectivo necesitan castigar y culpar a otros, viendo a los malvados afuera y no en nuestras mentes.

(II.3: 1) La proyección, sin embargo, siempre te hará daño.

La proyección nos hará daño porque su fundamento es que somos hijos de

la culpa, no de Dios; y que la separación, no la Expiación, es nuestro principio rector. Creemos que hemos cambiado a otros y a nosotros mismos

al hacerlos culpables a ellos e inocentes a nosotros. Sin embargo, no hemos

cambiado la mente que originalmente creía que la culpa era real, la muy

deseada alternativa a la inocencia del ego, evitando que reconozcamos el

dolor que nuestra decisión equivocada en favor del ego nos ha traído.

(II.3: 2-6) La proyección refuerza tu creencia de que tu propia mente está dividida, creencia ésta cuyo único propósito es mantener vigente la

separación. La proyección no es más que un mecanismo del ego para hacerte sentir diferente de tus hermanos y separado de ellos. El ego justifica esto basándose en el hecho de que ello te hace parecer “mejor” que tus hermanos, y de esta manera empaña tu igualdad con ellos todavía más. La proyección y el ataque están inevitablemente relacionados, ya que la proyección es siempre un medio para justificar el ataque. Sin proyección no puede haber ira.

La idea de la diferencia es fundamental para el sistema de separación y

relaciones especiales del ego, y aprenderemos en capítulos posteriores cómo el perdón deshace esta creencia en las diferencias. La

proyección nos

lleva a percibirnos a nosotros mismos como mejores que los demás: tú has

pecado y yo no. Además, te perdono por ser un miserable pecador, lo que es

llamado "perdón-para-destruir" en El Canto de la Oración (S-2.II). Toda ira

proviene de la proyección. Proyecto mi culpa sobre ti, lo que significa que eres el culpable merecedor de castigo. Este ataque proyectado se justifica por mi ira - "mira lo que me hiciste" - y es irrelevante si realmente hiciste algo o no. El problema es simplemente el hecho de que te acuse de pecado y maldad, lo que justifica mi ira. La verdad, incluso dentro del sueño es irrelevante para el ego.

(II.3: 7-8) El ego utiliza la proyección con el solo propósito de destruir la percepción que tienes de ti mismo y de tus hermanos. El proceso comienza excluyendo algo que existe en ti, pero que repudias, y conduce directamente a que te excluyas a ti mismo de tus hermanos. La proyección destruye la percepción de que somos iguales, de que compartimos por igual los sistemas de pensamiento de separación y Expiación. Nuestros egos nos hacen excluir la culpa que hemos hecho real, que defiende contra la creencia de que nos excluimos del Amor de Dios.

Como no queremos Su Amor, lo enterramos en nuestras mentes correctas y lo sustituimos por la culpa que el ego nos dice que es nuestra realidad. Entonces rechazamos la culpa y la proyectamos en otros, percibiendo a la Filiación como separada y garantizando así nuestra ira y ataque - el significado de la exclusión.

(IN.1: 1) La relación que existe entre la ira y el ataque es obvia, pero la relación que existe entre la ira y el miedo no siempre es tan evidente. La relación no es aparente porque la ira es una defensa contra el miedo de que, si permanecemos en nuestras mentes cargadas de culpa, seremos destruidos. Nos protegemos proyectando la culpa sobre alguien más, y luego reforzando su presencia allí con ira. Esto inevitablemente conduce al miedo a repre-salias, incluso aunque ahora se percibe que el miedo proviene del exterior, como lo indica la siguiente oración:

(I.3: 3) La proyección implica ira; la ira alienta la agresión y la

agresión fomenta el miedo.

El valor de esto como defensa debería ser obvio. Si tenemos miedo a las

amenazas externas, la culpa proyectada por la mente permanece oculta,

protegida por el mecanismo de proyección. Entonces dedicamos nuestra

atención y nuestros mejores esfuerzos para evitar el peligro externo (incluido el identificado con nuestros cuerpos), y nunca miramos dentro del

sistema de pensamiento del miedo que nosotros elegimos y que solo nosotros, la mente tomadora de decisiones, puede deshacer.

Jesús ahora explica la ira con más profundidad:

(IN.1: 2-3) La ira siempre entraña la proyección de la separación, lo cual tenemos que aceptar, en última instancia, como nuestra propia responsabilidad, en vez de culpar a otros por ello. No te puedes enfadar

a no ser que creas que has sido atacado, que está justificado contraatacar y que no eres responsable de ello en absoluto.

Jesús nos dice aquí, como nos dirá nuevamente cerca del final de su sinfonía (T-30.VI.1:1), que la ira nunca está justificada – que es comprensible, pero no justificable. Se basa en la premisa falaz, solo implicada aquí, de que nosotros estamos justificados a estar enojados con

otros porque nos han quitado la paz de Dios, que por su culpa ya no la tenemos. Sin embargo, si no somos pacíficos, es solo consecuencia de una

decisión de nosotros mismos de separarnos de la paz, lo cual no tiene nada

que ver con nadie más y nunca podrá estar verdaderamente justificado.

(IN.1: 4-7) Dadas estas tres premisas completamente irracionales, se tiene que llegar a la conclusión, igualmente irracional, de que un hermano merece ataque en vez de amor. ¿Qué se puede esperar de premisas dementes, sino conclusiones dementes? La manera de desvanecer una conclusión demente es analizando la cordura de las premisas sobre las que descansa. Tú no puedes ser atacado, el ataque no tiene justificación y tú eres responsable de lo que crees.

Para decir esto nuevamente, para asegurarnos de que nunca miremos la

locura fundamental del ego, mantenemos la convicción de que la locura está fuera de nosotros: no estamos locos; alguien más lo está; no somos unos viciosos asesinos crueles e indiferentes; otros lo son. Esto está en el corazón de nuestra necesidad de un mundo de cuerpos, donde podemos estar seguros en el seno del especialismo, el cual nos permite sentir que otras personas son el problema. Sin embargo, después de pedirle ayuda a Jesús, nos damos cuenta de que el problema está en la mente, y que debe ser deshecho allí por el perdón. Esto nos permite, por fin, reconsiderar la premisa fundamental del ego de la realidad de la separación, el aparente ataque a Dios que nos llevó a utilizar nuestra proyección para escapar de la responsabilidad por los efectos aparentes de este pensamiento aparente. El perdón borra suavemente esta locura y la reemplaza con el sano recuerdo de la Expiación: nada le sucedió a Dios ni a Su Hijo; la separación fue solo un mal sueño, sin efecto sobre la realidad.

El perdón y Jesús

Para ilustrar el perdón, Jesús usa la figura bíblica con su nombre como modelo de cómo tratar con el ataque en el mundo. La cuestión no es si lo que se relata en la Biblia es verdadero, porque la historia de la crucifixión se ha convertido en una parte importante de la mitología del mundo – la historia salvífica de un hombre de Dios inocente siendo atacado y finalmente asesinado; una piedra angular de la cultura Occidental, ya sea Cristiano, Judío o ateo – que es perfecta para la discusión de Jesús sobre el sistema de pensamiento del ego y su deshacimiento. Es interesante notar

que, en las primeras tres páginas de este capítulo, Jesús nos pide nada menos que cuatro veces, que lo tomemos como nuestro modelo para aprender el perdón, y luego lo repite dos veces más.

(IN.2: 1) Se te ha pedido que me tomes como modelo para tu aprendizaje, ya que un ejemplo extremo es un recurso de aprendizaje sumamente útil.

(I.3: 6) ... yo ... puedo servir de modelo para el aprendizaje.

(I.7: 2) Yo soy tu modelo del renacimiento ...

(I.8:6-7) Tengo que edificar Su [de Dios] iglesia sobre ti porque quienes me aceptan como modelo son literalmente mis discípulos. Los discípulos son seguidores, y si el modelo que siguen ha elegido evitarles

dolor en relación con todo, serían ciertamente insensatos si no le siguiesen.

(IV.9:4-6) Dispones de un Guía que te muestra como desarrollarlas, pero no tienes otro jefe que tú mismo. Esto te pone a cargo del Reino, con un Guía para encontrarlo y los medios para conservarlo. Tienes un modelo a seguir que reforzará tu mando y nunca lo menoscabará en modo alguno.

(VC.9:7-8) Una vez que tu mente haya sanado, irradiará salud, y, de este modo, enseñará lo que es la curación. Esto te consagrará como un maestro que enseña lo mismo que yo.

Al instarnos a tomarlo como nuestro modelo para el perdón, Jesús claramente no está hablando de forma, sino de contenido; en otras palabras,

cómo enfrentamos el ataque sin atacar; y la clave de esta respuesta no tiene

nada que ver con el comportamiento de otro. Naturalmente, la gente nos

atacará, ya que el mundo es un ataque. Si estamos en nuestra mente correcta, no obstante, no percibiremos lo que hacen como un ataque, sino

como un llamado al amor que es compartido por todas las personas.

Pero si

estamos en la mentalidad-errada, veremos el comportamiento agresivo

como una justificación más para la separación, absolviéndonos de toda responsabilidad por ello. Dos pasajes importantes describen este proceso de

perdón:

(II.8: 4-5) Dios te creó para que creases. No puedes extender Su Reino hasta que no conozcas la plenitud de éste.

Implícito aquí es que no conoceremos nuestra totalidad mientras creamos

que el ataque es real. Cre-yendo que hay un mundo externo lleno de culpa

que no tiene nada que ver con nosotros, nunca recordaremos la totalidad del

Reino. La plenitud de la creación de Dios se recuerda únicamente cuando

nos perdonamos a nosotros mismos por nuestras ilusiones de separación

llenas de ataque.

(II.13) El Espíritu Santo te fue dado con perfecta imparcialidad, y a menos que lo reconozcas imparcialmente no podrás reconocerlo en absoluto. El ego es legión, pero el Espíritu Santo es uno. No hay tinieblas en ninguna parte del Reino, y tu papel sólo consiste en impedir

que las tinieblas moren en tu mente. Esta armonía con la luz es ilimitada porque está en armonía con la luz del mundo. Cada uno de nosotros es la luz del mundo, y al unir nuestras mentes en esa luz proclamamos el Reino de Dios juntos y cual uno solo.

Imparcialmente significa "la ausencia de especialismo". No seleccionamos

ciertas partes de la Filiación para amar u odiar, sino que amamos u odiamos

a la Filiación en su totalidad; ya que no puede haber nada en el medio en el

sistema de pensamiento del Espíritu Santo del perdón. Si acusamos a otros

de algo, decimos que son hijos de la oscuridad y que la luz del mundo no

brilla en ellos. Y si no vemos luz brillando en cada miembro de la Filiación,

sin excepción, es porque hay un punto de oscuridad (es decir, culpa) hecho

realidad en nuestras mentes, que buscamos excluir proyectándolo en otros.

Aunque el perdón, no mencionado aquí por su nombre, se refiere a este

proceso de reconocer la decisión de la mente por la culpabilidad en estas proyecciones, lo cual nos permite utilizar nuestra falta de perdón hacia otro como un medio para perdonarnos a nosotros mismos. Nosotros elegimos olvidar la oscuridad de la culpa que envolvió nuestro mundo en la oscuridad, y recordar la luz de la Expiación que envuelve al mismo mundo en la suave luz del perdón. Esto, suavemente, da paso al recuerdo de nuestra Identidad como Cristo, unidos dentro de Sí Mismo y con Su Creador. Pasamos ahora a Jesús y exploramos lo que significa tomarlo como nuestro modelo en el mundo del ego. Primero reconocemos cómo debemos pensar, siempre que creamos que existimos en un cuerpo. Mientras Jesús habla específicamente sobre la crucifixión bíblica y su respuesta indefensa a ella, como se informa en las historias del evangelio, el punto clave para recordar es que su mensaje es realmente sobre el contenido (la mente) y sobre no la forma (el comportamiento).

(I.5: 1) He dejado perfectamente claro que soy como tú y que tú eres como yo, pero nuestra igualdad fundamental sólo puede demostrarse mediante una decisión conjunta. Aquí, como siempre, Jesús nos señala a nuestras mentes dónde se toma la decisión de ser como él. La única diferencia que él observa que existe entre nosotros, en la ilusión del tiempo, es que él hizo una inequívoca decisión por el Espíritu Santo, por lo que no hay ego en él. Como todavía tenemos que tomar esa decisión, nosotros necesitamos que Jesús sea nuestro modelo para el aprendizaje.

(I.5: 2-3) Eres libre, si así lo eliges, de percibirte a ti mismo como si te estuvieran persiguiendo. Mas cuando eliges reaccionar de esa manera,

deberías recordar que yo fui perseguido de acuerdo con el pensar del mundo, y que no compartí esa interpretación.

La persecución no es lo que se nos hace, sino una percepción – es decir,

interpretación – basada en nuestra necesidad de ver la culpa en otra persona.

Tomar a Jesús como nuestro modelo para aprender, significa compartir su

verdadera percepción de que no se nos está haciendo nada porque nunca se

produjo la separación del amor. Además, a medida que nos muestra el entendimiento de que nadie ni nada en el mundo tiene poder para tomar la

paz de Dios de nuestras mentes, aprendemos de nuestro hermano mayor que

perdonamos a los demás por lo que nunca nos podrían haber hecho.

(I.5: 4-6) Y puesto que no la compartí, no la reforcé. Ofrecí,

consecuentemente, una interpretación diferente del ataque, que deseo compartir contigo. Si la crees, me ayudarás a enseñarla.

Más adelante en nuestra sinfonía, Jesús da una explicación detallada de las

diferentes interpretaciones del ataque que él menciona aquí (T-12.I.8-10).

Aprenderemos que el ataque es una expresión de miedo, que es un llamado

al amor que está en todos nosotros, incluso cuando lo hemos negado.

De

nuevo, cada vez que estamos tentados a percibirnos a nosotros mismos

como tratados injustamente, debemos pensar en Jesús. Para repetir, si los

eventos que se representan en los evangelios ocurrieron o no, no tiene importancia, ya que siguen siendo símbolos significativos de perdón.

En

consecuencia, pensamos en Jesús como alguien que percibió el ataque como

un llamado al amor, una percepción que garantizaba solo el amor como

respuesta. Él pudo hacer esto porque eligió el amor como su realidad.

Nuestra reacción al ataque refleja el haber elegido primero el sistema del pensamiento de ataque del ego en nuestras mentes, ya que los eventos externos son irrelevantes. Además, cuando nos damos cuenta de nuestro error y elegimos al maestro del perdón en lugar del de ataque, ya no compartimos ni reforzamos las decisiones del ego de los demás. Nosotros nos convertimos en manifestaciones amorosas de nuestro maestro interno del amor, quien continúa instruyéndonos:

(I.6: 6-11) No se te pide ser crucificado, lo cual fue parte de lo que yo aporté como maestro. Se te pide únicamente que sigas mi ejemplo cuando te asalten tentaciones mucho menos extremas de percibir falsamente, y que no las aceptes como falsas justificaciones para desatar tu ira. No puede haber justificación para lo injustificable. No creas que la hay, ni enseñes que la hay. Recuerda siempre que enseñas lo que crees. Cree lo mismo que yo, y llegaremos a ser maestros de igual calibre.

Pedirle a Jesús que nos ayude a regresar a casa significa que deseamos percibir como él percibe. Como nadie puede atacar a un Hijo de Dios, excepto el Hijo mismo, no hay nada que perdonar, lo que significa que la ira

nunca está justificada. A medida que aprendemos esta única lección, nos volvemos cada vez más como Jesús, hasta que el ego se va y nosotros nos

convertimos en su igual. En caso de que hayamos perdido el punto anterior

que refleja la distinción entre forma (comportamiento) y contenido (los pensamientos de la mente de mentalidad-errada y de mentalidad-correcta),

Jesús lo repite en este pasaje crucial que refleja su reinterpretación de la crucifixión:

(I.9: 1-10: 1; 11) Elegí, por tu bien y por el mío, demostrar que el ataque más atroz, a juicio del ego, es irrelevante. Tal como el mundo

juzga estas cosas, más no como Dios sabe que son, fui traicionado, abandonado, golpeado, atormentado y, finalmente, asesinado. Está claro que ello se debió única-mente a las proyecciones de otros sobre mí, ya que yo no le había hecho daño a nadie y había curado a muchos.

Seguimos gozando de perfecta igualdad como alumnos, aunque no es necesario que tengamos las mismas experiencias. ... Nadie te está persiguiendo, del mismo modo en que nadie me persiguió a mí. No se te

pide que repitas mis experiencias, pues el Espíritu Santo, a Quien compartimos, hace que eso sea innecesario. Para valerte de mis experiencias de manera constructiva, no obstante, tienes aún que seguir

mi ejemplo con respecto a cómo percibir las. Mis hermanos, que son también tus her-manos, están constantemente justificando lo injustificable. La única lección que tengo que enseñar, puesto que la aprendí, es que ninguna percepción que esté en desacuerdo con el juicio

del Espíritu Santo está jamás justificada. Mi función consistió en mostrar que esto es verdad en un caso extremo, simplemente para que

pudiese servir como un instrumento de enseñanza ejemplar para aquellos que, en situaciones no tan extremas, sienten la tentación de abandonarse a la ira y al ataque. Mi voluntad, junto con la de Dios, es que ninguno de Sus Hijos sufra.

El mensaje de Jesús es patente: el valor de su crucifixión bíblica radica en

la enseñanza de su contenido sobre la indefensión ante un aparente ataque,

no por la forma de sufrimiento, sacrificio y muerte. Él está pidiéndonos que

no nos identifiquemos con el cuerpo crucificado, el cual ha sido adorado

por más de dos milenios, sino que emulemos su mente sana que enseña que

nada ni nadie tiene el poder de quitarnos la paz y el Amor de Dios – los pensamientos de la mente son totalmente inexpugnables de los ataques

corporales. Solo si fuéramos cuerpos el ataque sería real. Nuevamente, es

por eso que el ataque en respuesta al ataque percibido nunca está justificado. No pasó nada que lo justifique. Ese es el único mensaje de la crucifixión: no pasó nada; la separación de Dios fue solo un mal sueño, y no se hizo nada para afectar nuestra Identidad como niños del amor. Jesús corrige la tradición milenaria diciendo:

(I.13) El mensaje de la crucifixión es inequívoco. Enseña solamente amor, pues eso es lo que eres. Desafortunadamente, la necesidad del mundo de proteger y mantener su sueño de separación – pecado, sacrificio, dolor y muerte – anuló este mensaje y en su lugar se lee: Enseña solamente pecado, pues eso es lo que eres. El pecado no reconocido permanece negado, y lo que se niega se proyecta, razón por la cual hemos tenido siglos de juicios, persecuciones y guerras, todo llevado a cabo en nombre del amor, como Jesús explica ahora:

(I.14) Si interpretas la crucifixión de cualquier otra forma, la estarás usando como un arma de ataque en vez de como la llamada a la paz para la que se concibió. Con frecuencia, los Apóstoles la interpretaron erróneamente, por la misma razón que otros lo hacen. Su propio amor imperfecto les hizo ser vulnerables a la proyección, y, como resultado de su propio miedo, hablaron de la “ira de Dios” como el arma de represalia de Éste. No pudieron hablar de la crucifixión enteramente sin ira porque sus propios sentimientos de culpabilidad habían hecho que se sintiesen indignados.

Una vez más, es imperativo reconocer que Un Curso de Milagros está usando los símbolos del mito Cristiano, ya que eso es lo que Helen y el mundo aceptaron más o menos como verdad, para enseñar el contenido que es la verdad. Independientemente de la creencia de uno con respecto a la historicidad de los eventos bíblicos, el mensaje subyacente es lo que es realmente esencial: perdonar lo que nunca sucedió. Así, este énfasis en la crucifixión, cambia de un evento real a una decisión que la mente puede

tomar ahora entre la crucifixión y la resurrección, el sueño y el despertar,
Dios y el ego:
(I.16: 2-8) No quiero que dejes que se infiltre ningún vestigio de miedo en el sistema de pensa-miento hacia el que te estoy guiando. No ando en busca de mártires sino de maestros. Nadie es castigado por sus pecados, y los Hijos de Dios no son pecadores. Cualquier concepto de castigo significa que estás proyectando la responsabilidad de la culpa sobre otro, y ello refuerza la idea de que está justificado culpar, pues todo comportamiento enseña las creencias que lo motivan. La crucifixión fue el resultado de dos sistemas de pensamiento claramente opuestos entre sí: el símbolo perfecto del “conflicto” entre el ego y el Hijo de Dios. Este conflicto parece ser igualmente real ahora, y lo que enseña tiene que aprenderse ahora tal como se tuvo que aprender entonces. Jesús nos pide que enseñemos su mensaje de perdón y amor, no que seamos testigos del martirio que es el corazón del mensaje de culpa, castigo y sacrificio del ego. Su curso se centra solo en ayudarnos a tomar la única decisión que nos hará libres: el sistema de pensamiento del perdón que nos salva de lo que nunca sucedió – un problema, una solución; un conflicto, una resolución. Al ego, por otro lado, le gustaría que enseñemos su principio fundamental de uno u otro: mis testigos que sufren a causa de tu pecado, lo que significa que serás castigado en lugar mío. Esta es su interpretación de la crucifixión arquetípica del Hijo de Dios en la separación – uno gana, otro pierde – que luego se apoderó del mito Cristiano, sin mencionar muchas otras mitologías mundiales. De hecho, este principio se convierte en el tema reinante de toda experiencia dentro del sueño, el cual ahora es corregido por Jesús y Un Curso de Milagros.

Jesús resume esta lección de perdón e indefensión en el siguiente pasaje, en el cual nos pide que aprendamos tal como él aprendió, y que enseñemos tal como él enseña:

(I.19) Recuerda que el Espíritu Santo es el vínculo de comunicación entre Dios el Padre y Sus Hijos separados. Si escuchases Su Voz sabrías que tú no puedes herir ni ser herido, y que son muchos los que necesitan tu bendición para poder oír esto por sí mismos. Cuando sólo percibas esa necesidad en ellos, y no respondas a ninguna otra, habrás aprendido de mí y estarás tan deseoso de compartir lo que has aprendido como lo estoy yo.

Elegir escuchar al Espíritu Santo significa que estamos dispuestos a compartir Su visión de la invulnerabilidad del Hijo a todos los ataques percibidos. Para estar seguros, nuestros cuerpos pueden ser lastimados, pero

las mentes, que están afuera del sueño del mundo no se ven afectadas por

las figuras de sus sueños. A medida que aprendemos la lección central del

Curso de que somos mentes y no cuerpos, nuestra indefensión ante un

aparente ataque les recuerda a los demás que pueden aprender la misma

lección – la necesidad que comparte la Filiación. Nos convertimos no solo

en alumnos de Jesús sino en sus representantes. Por un tiempo seguimos

siendo desiguales, ya que no hemos aceptado el amor que es nuestra realidad, el cual el Espíritu Santo nos recuerda constantemente y Jesús nos

lo demuestra:

(I.7: 4-5) Yo creí en ello, y, por consiguiente, lo acepté como la verdad. Ayúdame a enseñárselo a nuestros hermanos en nombre del Reino de Dios, pero cree primero que es verdad, pues, de lo contrario, enseñarás mal.

Jesús nos pide que enseñemos su lección a aquellos que aún le temen, pero

que aceptarán el mensaje de nuestra indefensa demostración del amor que hay en cada uno de nosotros. Sin embargo, no quiere que nos sintamos culpables cuando nos negamos a aprender. El miedo nunca es un pecado, y es solo el miedo al amor lo que nos impide aprender su lección de amor.

(I.8: 1-2) Lamento cuando mis hermanos no comparten mi decisión de oír solamente una Voz, pues ello los debilita como maestros y como alumnos. Con todo, sé que realmente no pueden traicionarse a sí mismos ni traicionarme a mí, y que sobre ellos es donde todavía tengo que edificar mi iglesia.

Así tenemos el curso de Jesús, que nos enseña que somos su iglesia, los

mensajeros que realmente testifican para él, la percibida mentalidad correcta en los apóstoles. Su lección de amor es que la traición y el ataque

son ilusiones, y solo necesitan ser elegidos en contra al aceptar la Expiación

del Espíritu Santo, no expiando con sacrificio y muerte. Tal decisión corregida es el reino de Jesús en la tierra.

Nos volvemos hacia el Espíritu Santo como nuestro Maestro, Quien también nos refleja las enseñanzas al igual que Jesús.

Enseñando y aprendiendo

Comenzamos con Jesús repitiendo lo que dijo en el Capítulo 5 - el Espíritu

Santo no da órdenes:

(V.2: 1) ¿Qué podría despertar más dulcemente a un niño que una tierna voz que no lo asusta sino que simplemente le recuerda que la noche ya pasó y que la luz ha llegado?

(IV.11:1-2) Por eso es por lo que el Espíritu Santo jamás da órdenes.

Dar órdenes implica desigualdad, y el Espíritu Santo demuestra que la desigualdad no existe.

La idea clave es que somos iguales en la ilusión (compartiendo la locura del

ego) y en la verdad (comprando el Cristo). Sin embargo, el ego siempre

nos haría percibir diferencias, ya que se originó a partir del pensamiento de

las diferencias. Somos diferentes de Dios y tememos las consecuencias punitivas de esa diferencia, haciéndonos proyectar nuestro pecado sobre

otros, haciéndolos diferentes de nosotros, o desiguales: ellos son los pecaminosos; nosotros estamos sin pecado. Las palabras de Jesús enseñan

que el principio de Expiación es un medio gentil para deshacer la locura del

sistema de pensamiento de diferencias del ego, al cual no es necesario temerle, sino simplemente mirarlo e ir más allá de él.

(V.2: 3-5) Simplemente se le asegura que ahora está a salvo. Más tarde se le enseña a distinguir la diferencia entre estar dormido y estar despierto, para que entienda que no tiene que tener miedo de los sueños. Y así, cuando vuelva a tener pesadillas, él mismo invocará la luz para desvanecerlas.

(V.3:1) Un buen maestro enseña mediante un enfoque positivo, no mediante uno negativo.

Como niños asustados que sueñan con el pecado, la culpa y el miedo, debemos aprender la diferencia entre separación y Expiación, entre el ego y

Dios, entre estar dormido y estar despierto. Vimos anteriormente (T-4.VI)

cómo Jesús enseña a través del amor (enfoque positivo) en lugar del miedo

(enfoque negativo); y lo reitera que aquí. Solo necesitamos que nos digan

que este mundo es un mal sueño; sus detalles o complejidades son irrelevantes. Nosotros podemos elegir ahora abrir nuestros ojos. Jesús continúa:

(V.4: 1) El Espíritu Santo nunca hace una relación detallada de los errores porque Su intención no es asustar a los niños.

Jesús está hablando de todos nosotros, niños pequeños que no entienden

que el mundo es un mal sueño. Nuestro maestro amable y sabio tiene como

objetivo enseñarnos no solo que esto es un sueño, sino que somos su soñador. Él nos ayuda a entender por qué elegimos el sueño, y que elegirlo

nos ha traído dolor. Elegir en contra, al elegir la Expiación, nos ayudará a

despertar y encontrar la verdadera paz y alegría. Por lo tanto, lo que sucede en el sueño no importa, ya que el sueño mismo es el problema. Este tema se ve a lo largo del Curso, y tiene su origen en el primer principio de los milagros: no hay grados de dificultad entre ellos. Los milagros son todos los mismos porque nuestros problemas son los mismos. El milagro es el simple cambio de mentalidad de la percepción del ego a la del Espíritu Santo. (V.4: 2-7) Siempre responde, no obstante, a su llamada, y el hecho de que ellos puedan contar con Él los hace sentirse seguros. Los niños ciertamente confunden las fantasías con la realidad, y se asustan porque no pueden distinguir la diferencia que hay entre ellas. El Espíritu Santo no hace distinción alguna entre diferentes clases de sueños. Simplemente los hace desaparecer con Su luz. Su luz es siempre la Llamada a despertar, no importa lo que hayas estado soñando. No hay nada duradero en los sueños, y el Espíritu Santo, que refulge con la Luz de Dios Mismo, sólo habla en nombre de lo que perdura eternamente. Tomar a Jesús como nuestro modelo nos ayuda a aprender este feliz hecho de salvación, por su presencia amorosa en nuestra mente correcta – la Llamada del Espíritu Santo – que nos recuerda que no importa si estamos siendo crucificados, atacados, insultados, o nuestro país está siendo invadido con bombas que caen diariamente sobre nuestros pueblos: un sueño es un sueño es un sueño. Nuestra falta de paz proviene de nuestros sueños, no de lo que soñamos, y Jesús nos enseña la diferencia entre fantasía y realidad, entre el mundo del ego de intereses separados y el mundo de intereses compartidos del Espíritu Santo. Entender esta diferencia nos despierta del sueño y es la puerta de entrada a la vida eterna. Jesús ahora reitera el primer principio de los milagros que, como mencioné en el Preludio, es la semilla de la cual se desarrolla nuestro texto sinfónico:

(VA.4: 1-5) Para el Espíritu Santo no hay grados de dificultad en los milagros. A estas alturas, esto debería resultarte ya bastante familiar, aunque no es algo que todavía estés dispuesto a creer. Por lo tanto, ni lo

entiendes ni puedes hacer uso de ello. Es mucho lo que todavía nos queda por hacer en favor del Reino como para pasar por alto este concepto tan crucial. Es realmente una de las piedras angulares del sistema de pensamiento que enseño y que quiero que tú enseñes.

Jesús nos deja inequívocamente claro a nosotros, sus alumnos, que el principio de que no hay grados de dificultad en los milagros es crucial para

aprender su curso. Una vez que aceptamos su verdad, nuestras vidas se

volverán mucho más felices, pero como creemos en las diferencias, es muy

difícil vivir de acuerdo con el principio de la igualdad inherente de las ilusiones. Esto nos hace no querer aceptarlo. Necesitamos recordar que nuestra existencia está enraizada en la diferencia esencial que el ego ve

entre Dios y nosotros mismos, y esto establece el sueño de la separación en

un estado de movimiento, estableciendo los parámetros de especialismo que

se extienden por todo el tiempo.

Dado que este curso se trata de aprender sus enseñanzas – y a través del

aprendizaje, enseñarlas – es útil regresar al principio de la motivación, como lo hace Jesús repetidamente, sin el cual el aprendizaje no puede ocurrir:

(VB.2) Los buenos maestros se dan cuenta de que sólo los cambios fundamentales son dura-deros, mas no comienzan en ese nivel. Su primer objetivo – y el más importante – es fortalecer en el estudiante el deseo de cambiar. Ése es asimismo no sólo su último objetivo sino también su objetivo final. Lo único que el maestro tiene que hacer para garantizar el cambio es estimular en el alumno su deseo de cambiar. Cambiar de motivación es cambiar de mentalidad, y esto inevitablemente produce un cambio fundamental, ya que la mente es fundamental.

La mente es donde ocurre el cambio fundamental, lo que significa que es

donde el único cambio real puede ocurrir. Sin embargo, no aprenderemos sin motivación, lo que hace que el desafío de nuestro maestro sea motivarnos a aprender su curso. Jesús nos enseña que seremos felices aprendiendo y practicando el perdón e infelices cuando lo retenemos, apreciando los resentimientos en su lugar. El perdón se hace difícil porque nuestra identidad se basa en las diferencias y se aferra a los resentimientos; originalmente contra Dios, y luego creyendo, a través de la proyección, que Dios tiene un resentimiento contra nosotros. Al proyectar este loco sistema de pensamiento, creemos que todos están en guerra con nosotros. Esto es realmente difícil de perdonar, porque nosotros no queremos dejar ir la percepción de las diferencias, la sangre vital del ego. Nuevamente, la forma en que Jesús nos motiva a aprender es decirnos que nos sentiremos mejor si lo escuchamos.

Otro tema importante en Un Curso de Milagros es que lo que aprendemos lo enseñamos. Ya hemos visto esto en el texto. Se explica en las primeras páginas del manual, y lo vemos nuevamente aquí, como Jesús relaciona este principio con su mensaje de la invulnerabilidad del Hijo de Dios: (I.6: 1-4) Como ya dije anteriormente: "Lo que enseñes es lo que aprenderás". Si reaccionas como si te estuvieran persiguiendo, estarás enseñando persecución. No es ésta la lección que el Hijo de Dios debe enseñar si es que ha de alcanzar su propia salvación. Enseña más bien tu perfecta inmunidad, que es la verdad acerca de ti, y date cuenta de que no puede ser atacada.

Debemos darnos cuenta de que lo que enseñamos a otros nos enseña a nosotros. En otras palabras, si nuestro sufrimiento les dice a otros que ellos son responsables de nuestra miseria, reforzamos la creencia del ego de que

realmente somos seres separados y vulnerables, totalmente a merced de personas fuera de nuestro control. Esto firmemente establece nuestra realidad como hijos de la separación y de las diferencias, una existencia de la que otros son responsables. Esto nos lleva a un tema importante que se desarrollará más adelante en nuestra sinfonía: podemos tener el pastel de especialismo de nuestro ego y disfrutarlo también; tenemos nuestro ser individual y especial, pero no somos responsables por el pecado de haberlo alcanzado. El perdón, sin embargo, enseña que no estamos separados de Dios porque no estamos separados de nuestro hermano, y nuestra semejanza aquí refleja la Unidad del Cielo. La invulnerabilidad de la mente al ataque y persecución del cuerpo restablece en la conciencia de la inmunidad del Hijo de Dios a la ilusión, permitiendo que la verdad de nuestra Identidad alboree en nuestras mentes. La lección sobre el verdadero significado del perdón continúa más adelante. Por ahora, Jesús señala que nuestra enseñanza errónea proviene de nuestro aprendizaje erróneo: (III.1: 8-10) Te has enseñado a ti mismo a creer que no eres lo que eres. No puedes enseñar lo que no has aprendido, y lo que enseñas lo refuerzas al compartirlo. Cada lección que enseñas es una lección que tú mismo estás aprendiendo. Cada vez que tenemos un pensamiento de ira, incluso si no se expresa, enseñamos a los que nos rodean que la ira del ego es la decisión correcta. Nuestra elección de la ira como defensa contra el amor refuerza esta elección. Si, por otro lado, elegimos la paz en lugar de la ira, el perdón en lugar de un resentimiento, enseñamos a otros que tienen la misma

oportunidad que nosotros para elegir el Espíritu Santo. Cuanto más nos enseñe la lección, más la aprenderemos; cuanto más la aprendemos, más la

enseñamos. Sabemos muy bien ahora que la enseñanza y el aprendizaje

ocurren solo en la mente. No hay nada más.

(III 2: 1-4) Por eso es por lo que debes enseñar solamente una lección.

Si has de verte libre de conflictos, tienes que aprender únicamente del Espíritu Santo y enseñar únicamente con Él. Tú eres únicamente amor, más cuando lo niegas, haces de lo que eres algo que tienes que aprender

a recordar. Dije anteriormente que el mensaje de la crucifixión fue:

“Enseña solamente amor, pues eso es lo que eres”.

Cuando elegimos ser hijos de la separación, olvidamos que somos hijos del

amor. Jesús nos suplica elegir el amor que nos recuerda el Espíritu Santo, en

lugar de la separación, la culpa y el odio que el ego nos dice que es nuestra

realidad. Y lo que aprendemos lo enseñamos, no a través de palabras o comportamiento, sino a través de la tranquilidad del amor en nuestros corazones.

(III 2: 5-9) Ésta es la única lección que está perfectamente unificada porque es la única lección que es una sola. La única manera de aprenderla es enseñándola. Lo que enseñes es lo que aprenderás. Si esto

es verdad, como en efecto lo es, no olvides que lo que enseñas te enseña

a ti. Y no puedes sino creer en lo que proyectas o extiendes.

Nuevamente, Jesús no quiere decir enseñar la lección a través de nada externo, sino a través de la aceptación de la verdad interna de la Expiación.

Nuestras acciones siempre reflejan la elección de la mente por la verdad o

por la ilusión, extendiendo el perdón y el amor, o proyectando culpa y miedo. Y lo que enseñamos a otros es lo que nosotros deseamos creer para

nosotros mismos.

(III.4: 3-4) La única manera de tener paz es enseñando paz. Al

enseñarla, no puedes sino aprenderla, pues no puedes enseñar aquello

de lo que todavía te disocias.

Esta es la segunda lección del Espíritu Santo, que consideraremos a continuación. Todos nos disociamos de la paz de Dios, dividiéndola, porque

el ego dijo que solo podemos existir en el conflicto. Como no hay diferenciación en el amor, no podemos enseñar paz mientras elegimos el

sistema de pensamiento del ego de división y ataque. Aquellos que enseñan

paz sin paz interior solo enseñan separación, porque eso es lo que sus mentes han aprendido y han elegido reforzar.

(III.4: 5-9) Sólo así podrás recobrar el conocimiento que desechaste.

Para poder compartir una idea primero tienes que disponer de ella.

Dicha idea despierta en tu mente mediante la convicción que nace de enseñarla. Aprendes todo lo que enseñas. Enseña solamente amor, y aprende que el amor es tuyo y que tú eres amor.

La forma en que enseñamos es a través de la demostración, y demostramos

el ego o el Espíritu Santo. Si nosotros elegimos el ego, demostramos separación, especialismo, odio y ataque. Si elegimos el Espíritu Santo, demostramos paz, amor y verdadera unión. Ya que tener y ser, y, dar y recibir son lo mismo, lo que enseñamos lo aprendemos y lo que demostramos fortalece la decisión de nuestra mente sobre quiénes somos.

“Las lecciones del Espíritu Santo”

El aspecto más importante de estas secciones que cierran el Capítulo 6 es

que proporcionan una de las más claras descripciones en Un Curso de Milagros del proceso de aprendizaje. Un peligro encontrado por muchos de

los que siguen un camino espiritual, y que no es raro en los estudiantes del

Curso, está en pensar que, como se les enseña que la salvación es instantánea, es instantánea en el tiempo. Esa creencia es ingenua en el

mejor de los casos y perjudicial en el peor. La salvación es instantánea solo

en el sentido de que, como la caída de la unidad ocurrió en un instante
-
fuera del tiempo y el espacio – la salvación de esa caída también
ocurre en
un instante. Sin embargo, dentro de la ilusión espacio-temporal de
nuestra
experiencia, no sucede todo tan rápidamente por miedo a perdernos a
nosotros mismos. Como vimos anteriormente: "El ego puede aceptar la
idea
de que es necesario retornar porque puede, con gran facilidad, hacer
que
ello parezca difícil" (T-6.II.11:1). La idea del retorno es ardua y larga
porque estamos deshaciendo los cimientos de lo que creemos que es
nuestra
existencia: la invitación continua del ego a resistir la verdad. Estas tres
lecciones del Espíritu Santo reflejan que nuestro regreso es un proceso,
y
Jesús deja en claro que deshacer las tres lecciones del ego a través de
la
elección de la corrección del Espíritu Santo ocurre con el tiempo, lenta
y
suavemente.

A. Para poder tener, da todo a todos.

La primera lección del Espíritu Santo deshace la primera lección del
ego
(aunque no se formula de esta manera en el Curso): para poder tener,
toma
todo de todos. Esto tiene su origen en: para poder tener, toma todo del
Todo.

Esto es un corolario del principio de uno u otro: si Dios tiene vida, yo
no la
tengo; si la tomo, es mía y Dios ya no lo tiene. Dar y recibir en el
sistema
del ego son opuestos. Si doy te algo, tú lo tienes y yo no. Como hemos
visto, el especialismo se traduce en: si debo tener la inocencia de
Cristo, la
cual olvidé luego de desecharla, debo quitártela. Para poder tener,
toma
todo de todos: yo tomo la inocencia que percibo en los demás y les doy
mi

culpa en su lugar. La primera lección del Espíritu Santo. "Para poder tener, da todo a todos" corrige esto al incluir a todos los miembros de la Filiación en su bendita visión.

(VA.5: 9) Es verdad que los egos se unen en alianzas temporales, pero siempre para ver qué es lo que cada uno puede obtener para sí mismo. Aunque el término relación especial no se usa aquí, es una referencia clara a

ella. Los egos se unen en alianzas, como lo hacen los estados nacionales,

para obtener lo que quieren el uno del otro. Los gobiernos no se convierten

en aliados porque se aman, ni nosotros realmente amamos a los demás por

quienes son; el amor de este mundo existe solo por lo que podemos obtener

de alguien que se percibe como diferente y externo a nosotros. Como en

cualquier trato especial, les damos a otros lo que necesitan de nosotros a

cambio de obtener lo que necesitamos de ellos – el matrimonio del ego hecho en el Cielo. El trato refleja el principio del ego de uno u otro, porque

no todos damos y recibimos el mismo amor. Se cree que lo que uno da fue

sacrificado para recibir algo mejor o más especial del otro, el cual se considera más especial que nosotros.

(VA.5: 10-6: 1) El Espíritu Santo comunica únicamente lo que cada uno puede darle a todos. Nunca te quita nada que te haya dado, pues Su deseo es que te quedes con ello. Sus enseñanzas, por lo tanto, comienzan

con esta lección:

Para poder tener, da todo a todos.

Éste es un paso preliminar básico, y el único que tienes que dar por tu cuenta.

Ten en cuenta el doble todo. Jesús nos está enseñando que no puede haber

excepciones al aplicar el Amor del Espíritu Santo. Necesitamos dar todo

nuestro perdón a todos los miembros de la Filiación, sin excepción. La decisión de compartir Su visión global con todos es nuestra única responsabilidad, ya que establece el proceso de curar nuestra mente y aceptar la Expiación. Elegir practicar el perdón todo-inclusivo es la condición de nuestro regreso al Reino, y se refleja en la siguiente declaración de la tercera lección:

(VC.8: 1) Enseñar a toda la Filiación sin hacer excepciones demuestra que percibes su plenitud y que has aprendido que es una.

El resto de nuestros pasos en el viaje a casa se harán con la ayuda del Espíritu Santo, pero Él no puede ayudarnos hasta que lo invitemos a entrar.

Este primer paso es la invitación. Vemos cómo nuestro mundo y nuestro

sistema de pensamiento se ha basado en el principio de uno u otro, y decidimos que ya no lo queremos, porque nuestras relaciones aquí son demasiado dolorosas. Además, no funcionan, y ahora enten-demos por qué:

no había amor, ya que solo nos preocupamos por lo que recibiríamos del

otro – el ego da para obtener. Cuestionar ese principio central del sistema de

pensamiento del ego es el primer paso, por eso Jesús dice que es solo preliminar.

(VA.6: 2) Ni siquiera es necesario que tú mismo lo completes, pero sí es necesario que te enca-mines en esa dirección.

Debemos pedir ayuda sinceramente, reconociéndole a Jesús que hay algo

radicalmente malo en la manera en la que estamos viviendo. No necesitamos conocer la solución a nuestros problemas, sino solo que hemos

estado equivocados en nuestras percepciones de ellos. El amor de Jesús

espera nuestra bienve-nida (T-13.VII.9:7), y necesitamos recurrir a él antes

de que podamos aprovechar su ayuda. Este primer paso refleja el alcanzar

su mano extendida.

(VA.6: 3) Cuando decides ir en esa dirección, te pones a ti mismo a cargo del viaje, función que a ti y sólo a ti te corresponde desempeñar.

Jesús no está a cargo del viaje; el tomador de decisiones de nuestra mente lo está, representado en la tabla por el negro círculo en la parte superior de la mente dividida (ver Apéndice). Nuevamente, nuestro viaje a casa no puede comenzar hasta que nosotros cuestionemos la validez de nuestras percepciones y digamos, como hicieron Helen y Bill, "tiene que haber un camino mejor".

(VA.6: 4-6) Este paso tal vez parezca agudizar el conflicto en vez de resolverlo, ya que representa el paso inicial en el proceso de invertir tu percepción y de rectificarla totalmente. Esto entra en conflicto con la percepción invertida que todavía no has abandonado, ya que, de lo contrario, no habría sido necesario un cambio de dirección. Algunos se quedan en este paso durante mucho tiempo, experimentando un agudo conflicto.

Este es un pasaje muy útil porque Jesús nos dice que el viaje no será fácil, lo que implica que, si parece que es fácil, probablemente no estemos en el camino correcto. Debe haber conflicto, ya que la parte de nosotros que cree en nuestra existencia – creemos, por ejemplo, que somos cuerpos estudiando y aplicando este curso – obviamente, no está lista para abandonar el sistema de pensamiento de la mente que dio lugar a esa existencia. Lucharemos contra cualquier enseñanza, y contra cualquiera que presente esa enseñanza, diciéndonos que todo lo que creemos sobre nosotros mismos es falso. Esta es la fuente de nuestra resistencia, y la razón

por la que Jesús dice: “Muchos pensaron que yo les estaba atacando, aunque es evidente que eso no era cierto” (T-6.V-B.1:5). Él no atacaba a nadie. Su presencia llena de luz y amor simplemente brilló más allá de la ilusión de la existencia de la gente y del sistema de pensamiento que le dio origen. Y entonces nuestro maestro habla del conflicto: una parte de

nosotros anhela regresar a casa con el Espíritu Santo, mientras la voz del ego dice que, si continuamos con este viaje, seremos aniquilados; que la falta de mente y no la mente plena, es la salvación.

(VA.6: 7-9) En este punto puede que incluso traten de aceptar el conflicto en vez de dar el siguiente paso hacia su resolución. Puesto que han dado el primer paso, no obstante, se les prestará ayuda. Pues una vez que hayan elegido lo que no pueden completar solos, ya no estarán solos.

Una vez más, este primer paso es crucial. En cierto sentido, uno no es serio acerca de Un Curso de Milagros como camino espiritual hasta que uno haya dado este paso y declarado nuevamente, "tiene que haber un camino mejor".

Esta invitación al Espíritu Santo deshace el principio de uno u otro, porque, aunque no estemos completamente listos para deshacerlo, al menos estamos listos para aceptar que el sistema de pensamiento del ego no funciona. La discusión aquí es bastante importante, porque Jesús nos muestra cómo

nuestra resistencia hace que aprender lecciones simples sea difícil. Esperamos que su gentil enseñanza evite que nos sintamos culpables cuando no practicamos el Curso tan perfectamente como creemos que deberíamos. También, que nos mantenga alejados de la ingenuidad espiritual y psicológica de que este es un viaje fácil que Jesús hace con nosotros. ¿Como puede ser fácil cuando nos identificamos completamente

como criaturas del tiempo y el espacio, creyendo que esta es la dimensión de nuestro estudio y practica? Nuestra fuerte identificación física es la base

para enfatizar que el aprendizaje ocurre solo en la mente, no en el cuerpo o

el cerebro. El pensamiento de que nosotros, como mentes, no estamos arraigados en una dimensión espacial y temporal es aterradora porque

nuestra identificación está muy claramente arraigada allí, y la realidad atemporal y no espacial de la mente significa que no somos quienes pensamos que somos.

B. Para tener paz, enseña paz para así aprender lo que es.

La segunda lección del Espíritu Santo corrige a la del ego, para tener separación, enseña ataque para así aprender separación, expresada en la

primera parte del capítulo. Este paso implica una declaración específica de

qué queremos aprender. La primera lección establece que tener, dar, ser y

recibir son lo mismo, y esta ecuación funciona muy fácilmente tanto para la

culpa como para el amor. Cuando nos identificamos con la culpa, la damos

indiscriminadamente y la percibimos en todos: la proyección da lugar a la

percepción. Cuando nos identificamos con el amor, lo damos

indiscriminadamente y lo percibimos en todos: la proyección da lugar a la

percepción. La segunda lección deja en claro lo que realmente deseamos.

En efecto, podemos decir que la primera lección nos hace volver a la mente

donde opera el principio de todo o nada, y la segunda revierte la decisión de

unirnos al conflicto del ego, permitiéndonos tomar la decisión de unirnos a

la paz del Espíritu Santo.

(VB.3: 1-4) El primer paso en el proceso de inversión o des-hacimiento es el des-hacimiento del concepto de “obtener”. La primera lección del Espíritu Santo es por consiguiente: “Para poder tener, da todo a todos”. Dije que es posible que esto agudice el conflicto temporalmente,

y ahora podemos aclarar este punto aún más. A estas alturas no percibes la igualdad que existe entre tener y ser.

Si hubiéramos reconocido que tener y ser son lo mismo, nunca hubiéramos

dejado la Casa de nuestro Padre. Como somos el Amor de Dios, tenemos el Amor de Dios. Este Amor simplemente está ahí para que podamos aceptarlo, no es algo que tenemos que tomarlo de otro, que es lo que creíamos que teníamos que hacer para tenerlo: el núcleo del sistema de pensamiento del ego de separación y pecado.

(VB.3: 5-7) Hasta que no la percibas, tener te parecerá lo opuesto a dar.

La primera lección, por consiguiente, parece encerrar una contradicción, puesto que la está aprendiendo una mente que está en conflicto. Esto quiere decir que hay deseos conflictivos, y, así, la lección

no puede aprenderse de manera consistente todavía.

Todavía vacilamos. Siempre debemos recordar que el perdón es un proceso

en el que tenemos nuestros días buenos y días malos, momentos felices y

momentos dolorosos. Hay veces que elegir el milagro no es difícil y no nos

tomamos nada personalmente, y otras veces en las cuales nos tomamos todo

personalmente; algunos días vemos las noticias y nuestra paz no se ve afectada, mientras que otros días la paz parece haber desaparecido y haber

sido olvidada. El temor de permanecer demasiado tiempo con el Espíritu

Santo y con el recuerdo de nuestro Ser, amenaza nuestra identidad especial,

incluso cuando desconocemos que esta es la verdadera razón de nuestra

inquietud.

(VB.3: 8) Lo que es más, la mente del alumno proyecta su propio conflicto, y, por lo tanto, no percibe consistencia en las mentes de los demás, lo cual le hace sospechar de la motivación de éstos.

La proyección nos hace sospechar porque la motivación que percibimos en

los demás es la nuestra: uno u otro, mata o te matarán. Proyectamos la culpa

que proviene de la creencia en nuestro pecado de tomar y no dar nada a cambio, lo que ahora vemos en quienes nos rodean. Naturalmente sospechamos de ellos, porque son como nosotros, hechos a nuestra propia imagen y semejanza pecaminosa. Esto no significa, sin embargo, que somos responsables de lo que hacen estas otras personas, sino solo de la forma en que percibimos lo que hacen.

(VB.3: 9-10) Ésa es la verdadera razón de que, desde cualquier punto de vista, la primera lección sea la más difícil de aprender. Puesto que aún eres extremadamente consciente del ego en ti mismo y respondes principalmente al ego en los demás, se te está enseñando a que reacciones ante ambos como si lo que realmente crees no fuese verdad.

A pesar de los argumentos convincentes del ego, lo que creemos no es cierto. Ten en cuenta que este curso socava la base sobre la cual creemos

que nuestros pies están tan firmemente plantados: separación, dualidad y especialismo. Este es el oxígeno que permite que nuestro yo separado respire; elimina el oxígeno y el ego muere. Lo que nos sostiene como entidades individuales es el ataque inherente en el odio especial y en el

amor especial, por eso este curso sobre la indefensión es tan amenazante.

(VB.8) Éste es todavía un paso preliminar, puesto que aún no has equiparado tener con ser. Es, no obstante, un paso más avanzado que el

primero, que en realidad no es sino el comienzo del proceso de inversión del pensamiento. El segundo paso es una afirmación categórica de lo que deseas. Es, pues, un paso encaminado a liberarte del conflicto, ya que significa que se han considerado las alternativas y se ha elegido la más deseable. Con todo, la expresión “más deseable” aún implica que lo deseable tiene diferentes grados. Por lo tanto, aunque este paso es esencial para poder tomar la decisión fundamental,

no es obviamente el último. No se ha aceptado todavía la falta de grados de dificultad en los milagros porque nada que se desee

completamente puede ser difícil. Desear completamente es crear, y crear no puede ser difícil, si se tiene en cuenta que Dios Mismo te creó para que fueses un creador.

Esto sigue siendo un paso preliminar porque todavía vemos opciones, el

mundo de la dualidad, y así vamos y venimos entre el ego y el Espíritu Santo. Lo único que importa es el cambio fundamental que ocurre en la mente. No hay nada más, y es por eso que nos resistimos al curso de Jesús.

Recordemos que nosotros literalmente fabricamos el mundo y lo poblamos

con cuerpos para que nos quedáramos sin mente. Pero el propósito de estas

lecciones, y, de hecho, de Un Curso de Milagros en sí, es para volver a la

mente. Este cambio es provocado cuando reconsideramos lo que realmente

queremos: la paz de la Expiación en lugar del conflicto de la separación.

Esta paz se encuentra en la mente correcta, conocida como la "calma interna" (T-18.I.8:2) y como el "tranquilo centro" (T-18.VII.8:3). Es cuando

nuestro tomador de decisiones se vuelve verdaderamente hacia la mentalidad-correcta, que el cambio real ocurre, y es a esta alegre elección a

la que nos llevan estas tres lecciones. Sin embargo, todavía estamos en este

segundo paso:

(VB.9) El segundo paso, por lo tanto, es todavía perceptivo, si bien es un paso gigantesco hacia la percepción unificada que refleja el conocimiento de Dios. Al dar este paso y seguir en esta dirección, estarás avanzando hacia el centro de tu sistema de pensamiento, donde

tendrá lugar el cambio fundamental. En el segundo paso el progreso es intermitente, pero el segundo paso es más fácil que el primero porque es el que le sigue. Darse cuenta de que este paso no puede sino seguir al

primero es señal de una creciente conciencia de que el Espíritu Santo te

guiará en tu camino.

Y a medida que permitimos que el Espíritu Santo nos guíe a través del sistema de pensamiento laberín-tico del ego de separación y ataque, nos preparamos para el tercer paso. Viajamos lenta y pacientemente, por nuestro miedo a la aniquilación de uno mismo, el cual sigue siendo fuerte. No obstante, cada paso en el camino refuerza la conciencia de nuestra meta, y es a esta curación final, la aceptación de la Expiación, a la que finalmente seremos fieles.

C. Mantente alerta sólo en favor de Dios y de Su Reino.

Esto reemplaza la tercera lección del ego, mantente alerta sólo en favor del ego y de su reino. Estamos alertas al reino de la culpa del ego haciéndolo real en nosotros mismos, negando su presencia y luego volviéndonos vigilantes por el pecado que proyectamos en todos los demás. El tercer paso del Espíritu Santo cambia el enfoque de nuestra vigilancia, que ahora se convierte en el medio de reforzar las decisiones tomadas en las dos primeras lecciones, particularmente la segunda que hizo del Espíritu Santo nuestro Maestro y de la paz, nuestra meta. Jesús nos pide que estemos continuamente vigilantes, un tema importante que ya hemos visto y que se repite continuamente en nuestra sinfonía. Con Jesús como nuestros ojos, estamos atentos a las tentaciones de regresar al ego y su sistema de pensamiento de juicio y culpa. Sabemos que lo hemos hecho cuando no estamos en paz, y nosotros no estamos en paz cuando culpamos a otros por nuestra enfermedad. Jesús nos anima a reforzar estos dos pasos preliminares que llevan a la mente a elegirlo como nuestro modelo para el aprendizaje.

(VC.1: 1-6) Hemos dicho anteriormente que el Espíritu Santo evalúa, y

tiene que hacerlo. El Espíritu Santo separa lo verdadero de lo falso en tu mente, y te enseña a juzgar cada pensamiento que dejas que se adentre en ella a la luz de lo que Dios puso allí. El Espíritu Santo, con vistas a reforzar el Reino en ti, conserva lo que está de acuerdo con esa

luz, y acepta y purifica lo que está parcialmente de acuerdo con el Reino. Más lo que está en completo desacuerdo lo rechaza juzgando contra ello. Así es como Él mantiene la perfecta consistencia del Reino y su perfecta unificación.

Ahora se nos pide que apliquemos ciertos criterios sobre cómo vivimos.

Cada vez que vemos a los demás como diferentes de nosotros, lo que significa que tienen lo que nos falta, no podemos evitar tomar lo que necesitamos de ellos. Esto está basado en la premisa de que nos han robado

lo que legítimamente era nuestro (la cuarta ley del caos del ego: posees

aquello de lo que te apropias [T-23.II.9:3]). Por supuesto, entonces, deseamos ver nuestra culpa en ellos. En este punto, debemos entender esto

como una señal de que hay algo mal en nosotros, porque estamos viendo

separación en lugar de unidad. Cuando estamos en un estado de inquietud,

nos recordamos a nosotros mismos nuestro error, como vimos anteriormente en las declaraciones que comienzan con: "Debo haber decidido equivocadamente porque no estoy en paz" (T-5.VII.6:7).

A través de Un Curso de Milagros, el Espíritu Santo nos está enseñando una

forma diferente de percibir. Cuando nosotros le traemos nuestras experiencias, reacciones y sentimientos, hemos comenzado el proceso de

evaluación: cualquier cosa que hace que la dualidad o la separación sea real,

es falso; cualquier cosa que refleje la Unidad del Cielo y no nos permita tomarnos nada de aquí personalmente, es cierto.

(VC.2: 7-8) Por lo tanto, la tercera lección del Espíritu Santo reza así: Mantente alerta sólo en favor de Dios y de Su Reino.

Necesitamos estar atentos cada día para cuando no estemos en paz.

Tan

pronto como sea posible, tratamos de recordar que nuestra falta de paz se debe solo a la decisión de nuestra mente, no a lo que alguien o alguna situación nos hicieron a nosotros. Esta vigilancia del ego refleja nuestro compromiso subyacente de regresar a Dios y a Su Reino, tomando la mano de Jesús mientras hacemos el viaje del perdón que nos lleva a casa. (VC.3: 1) Éste es uno de los pasos más importantes para que se produzca un cambio fundamental. El cambio fundamental, como ya se nos ha dicho, está en la mente. Vigilancia significa volver a la mente dónde está la corrección del Espíritu Santo. Podemos ver una y otra vez el tremendo énfasis con el que Jesús nos solicita que pidamos su ayuda para ver de manera diferente el mundo que percibimos, el cual nuestras mentes han hecho real. (VC.3: 2-5) No obstante, todavía contiene un aspecto del proceso de inversión del pensamiento, ya que implica que hay algo contra lo que debes mantenerte alerta. Este paso representa un gran avance con respecto a la primera lección, que es meramente el principio del proceso de inversión del pensamiento, y también con respecto a la segunda, que es esencialmente la identificación de lo que es más deseable. Este paso, que es la conclusión lógica del segundo tal como el segundo lo es del primero, subraya la dicotomía que existe entre lo deseable y lo indeseable. Por lo tanto, hace que la elección final sea inevitable. El "Desarrollo de la confianza" en el manual (M-4.I-A) expresa la misma idea, en la que las tres primeras de las seis etapas, se ocupan de separar lo valioso de lo sin valor, lo deseable de lo indeseable; el mismo tema encontrado en la Lección 133, "No le daré valor a lo que no lo tiene" (Lpl.133). Este es otro ejemplo de cómo estos temas importantes vuelven una y otra vez en esta sinfonía que es Un Curso de Milagros. Al final de este viaje que hacemos con Jesús, ya no hay una elección. Sin embargo, mientras dormimos en el mundo dualista, es significativo pensar en elegir lo

deseable (el perdón del Espíritu Santo) y rechazar lo indeseable (el ataque del ego). Este es el proceso de curación que necesitamos nutrir y reforzar continuamente.

(VC.4: 1) Mientras que el primer paso parece agudizar el conflicto y el segundo puede, hasta cierto punto, aún entrañar conflicto, el tercer paso requiere un constante estado de alerta contra el conflicto.

Este paso requiere tener conciencia de que el conflicto no es algo externo -

entre tú y yo, o entre mi gobierno y el tuyo - sino en el aparente conflicto

entre el ego y el Espíritu Santo. Decimos "aparente" porque el Espíritu Santo no está en conflicto con nada. Ya que el conflicto de la mente implica

pensamientos contra-dictorios - por ejemplo, queremos la paz de Dios, pero

en nuestros términos como individuos diferenciados - necesitamos mantener una vigilancia constante hacia la locura del compromiso que nos

impide elegir la Voz inequívoca que habla por la cordura y la verdad.

(VC.4: 2-3) Ya he dicho que puedes estar tan alerta contra el ego como a su favor. La última lección enseña no sólo que puedes sino que tienes que estar alerta.

"Tienes que" en el sentido de que, si realmente queremos ser pacíficos, debemos elegir continuamente contra el ego, reconociendo que nuestra

decisión por el ego es una opción por el conflicto, la enfermedad y la falta

de paz, una elección que ya no deseamos tomar.

(VC.4: 4-5) No se ocupa de la cuestión de grados de dificultad, sino del hecho de que tu primera prioridad debe ser mantenerte alerta. Esta lección es inequívoca, pues enseña que nunca se deben hacer excepciones, aunque no niega que la tentación de hacerlas se presentará.

Los detalles de lo que estamos vigilando no importan, ya que no existe una

jerarquía de ilusiones y no hay grados de dificultad en los milagros. Lo que

importa es que estemos atentos al ego como sistema de pensamiento. Sin

embargo, siempre tratamos de hacer excepciones, para retener un punto de oscuridad en nuestras mentes. Esto significa que queremos conservar al

menos alguna justificación para ver oscuridad en personas o eventos, ya

que, incluso un punto de oscuridad es suficiente para mantener vivo y bien

al sistema de pensamiento del ego, y a la Expiación del Espíritu Santo oculta de la conciencia.

Jesús ahora repasa lo que ha cubierto en las dos primeras lecciones:

(VC.6: 1-2) Aprendes primero que tener se basa en dar, y no en obtener. Luego aprendes que aprendes lo que enseñas, y que quieres aprender a estar en paz.

No podemos tener paz si nos aferramos al conflicto: robando a otros, triunfando sobre ellos, o necesitando algo de su especialismo. Al hacerlo,

hacemos realidad la separación de ganar y perder, exactamente lo que el ego

quiere. La paz llega solo cuando volvemos a nuestras mentes tomadoras de

decisiones para deshacer la elección incorrecta por el ego. La paz resultante

abarca a todas las personas, sin excepción. Esta es una de las llamadas de

atención de Un Curso de Milagros: debemos abrazar a todos en cada circunstancia y situación. De lo contrario, simplemente será el perdón-paradestruir del ego.

(VC.6: 3-5) Ésta es la condición necesaria para poder identificarte con el Reino, puesto que es la condición del Reino. Has creído estar fuera del Reino, y, como consecuencia de ello, te has excluido a ti mismo de él

en tu pensamiento. Es esencial, por lo tanto, enseñarte que no puedes sino estar incluido en el Reino y que lo único que debes excluir es la creencia de que no estás incluido en él.

La inclusión es el concepto clave aquí, la condición de paz en la que todos

están incluidos dentro del Amor de Dios. Esta inclusión debe comenzar con nosotros, ya que, si nos excluimos del Reino en virtud de excluir a Dios del nuestro, debemos excluir a todos los demás, ya que la proyección da lugar a la percepción: nosotros proyectamos la decisión de nuestra mente de excluir a Dios y luego percibimos que el mundo nos excluye. La inclusión es también una de las características de la relación santa, como veremos. Su opuesto, la exclusión, es una de las características principales de la relación especial: te amo a veces, pero no siempre; amo partes específicas de tu cuerpo o aspectos de tu personalidad, pero no todos; he elegido segmentos de la Filiación para amar, pero no a todos. La característica central del sistema de pensamiento del ego, la separación, es su naturaleza condicional: te amo solo bajo ciertas condiciones; amo a Dios solo cuando Él está hecho a mi imagen de especialismo y permanece en esa semejanza.

Vigilancia significa estar alerta a todas las formas secretas en que nuestras mentes separadas intentan excluir de la conciencia la verdad todo-inclusiva de la Unidad del Cielo.

(VC.7: 1) El tercer paso, por consiguiente, es un paso de protección para tu mente, pues te permite identificarte sólo con el centro, donde Dios erigió el altar a Sí Mismo.

Aprender estas lecciones, lo que significa que hemos elegido al Espíritu Santo, nos coloca en el centro de la mente, en el altar al Amor de Dios que es el tomador de decisiones deshaciendo su identificación con el altar sangriento del ego, que hasta ahora había sido nuestra elección. Este altar de especialismo es el santuario en el que adoramos, glorificando al yo individual que aparentemente ha triunfado sobre Dios. Nos protegemos

separando nuestras manos culpables y empapadas de sangre,
dándoselas a
otra persona. Una vez más, este es el por qué es de vital importancia
que se
entienda la estrategia del ego de hacer un mundo y un cuerpo. Sin
ellos, la
proyección no va a ninguna parte. Necesitamos un mundo y un cuerpo,
algo
específico, sobre el cual podamos proyectar lo que hemos disociado y,
de
este modo, eliminar nuestra culpa intolerable e inaceptable. Nosotros
luego
conservamos nuestra existencia individual y no aceptamos ninguna
responsabilidad por ella. Esta dinámica es brillantemente seductora
desde el
punto de vista del ego, por eso el mundo casi siempre la ha escuchado
a ella
en lugar de a la Voz que habla por la verdad.
Como se ha implicado anteriormente, la vigilancia de la que Jesús
habla en
esta tercera lección no es una vigilancia en favor de Dios, sino en favor
del
viaje de regreso a Dios – la vigilancia de lo que hace nuestro ego. Esta
vigilancia nos lleva más y más a lo largo de nuestro camino. Cada vez
que
nos vemos excluyendo a alguien, nos damos cuenta de que proviene
de una
elección equivocada. A través de las enseñanzas de Jesús, vemos las
recompensas de elegirlo, y, por lo tanto, comenzamos a ver el dolor de
elegir el ego. Toda experiencia física y/o psicológica de enfermedad
proviene de la elección equivocada de la mente, y es contra esto, lo
que
debemos elegir a través de nuestra vigilancia. Así nosotros
aprendemos a
elegir contra el reino de separación y enfermedad del ego, y por el
Reino de
amor y curación de Dios:
(VC.9: 3-6) Cuando desechaste la verdad te percibiste a ti mismo como
desprovisto de ella. Al concebir otro reino al que atribuiste valor, no
mantuviste en tu mente sólo el Reino de Dios, y, de esa manera,

excluiste parte de tu mente de él. Lo que inventaste ha aprisionado tu voluntad, y ha hecho enfermar a tu mente, que ahora tiene que ser sanada. Mantenerse alerta contra esta enfermedad es la manera de sanarla.

Dado que el ego por todos los medios hizo desaparecer la mente al fabricar

un mundo y un cuerpo, el viaje de regreso, como se expresa en estas lecciones, nos lleva a través del cuerpo a la mente que lo fabricó. Para facilitar nuestro viaje es necesario deshacer la fuente del problema: la decisión enferma por la ilusión, la separación y la exclusión en lugar de la

verdad, la unidad y la inclusión. El perdón refleja esta simple unidad, y volveremos a este tema destacado en nuestra discusión del Capítulo 7.

Ahora el resumen final de estas lecciones:

(VC.10: 1) El tercer paso, por lo tanto, es una afirmación de lo que quieres creer, y requiere que estés dispuesto a abandonar todo lo demás.

Jesús no dice que renunciemos a todo lo demás, solo que tengamos la voluntad de renunciar a lo que no importa, reconociendo al mismo tiempo,

que hay una parte de nuestra mente que no quiero hacerlo. Deseamos permanecer en la mente errada, lo que significa permanecer con nuestra

existencia corporal, la defensa que parece proteger nuestra individualidad

especial. Sin embargo, al menos estamos tomando conciencia de las consecuencias de nuestra decisión. Este es el conflicto que todo estudiante

serio de Un Curso de Milagros debe sentir en algún momento, el conflicto

nacido del reconocimiento de que estamos tomando esa decisión, a pesar de

que continuamente elegimos hacer lo que nos causa dolor. No podemos

experimentar el verdadero conflicto siempre que pensemos que el problema

está "allá afuera". De hecho, nos sentimos muy cómodos cuando percibimos

el conflicto como externo. Ciertamente nos encanta librar guerras, ya sea

como gobiernos o individuos, quienes se niegan a mirar dentro, a la fuente real del conflicto. La Carta a la UNESCO afirma, en efecto, que como las guerras comienzan en las mentes de los hombres, es solo en la mente donde se pueden deshacer, el cambio fundamental del que habla Jesús. A través de estas tres lecciones, aprendemos a tomar conciencia del problema. La decisión es entre dar para obtener y dar y recibir son lo mismo, uno u otro e inclusión total. Cuando elegimos la inclusión, que es el segundo paso, permitimos que emerja el tercero y veamos el resto de nuestras vidas orientadas hacia la vigilancia por cada movimiento que hacemos, cada palabra que decimos, cada pensamiento que tenemos, para que podamos evaluar adecuadamente si provienen del ego o del Espíritu Santo. Puede que no siempre elijamos al Espíritu Santo, pero al menos ahora nos damos cuenta de que tenemos una opción. (VC.10: 2-4) Si sigues al Espíritu Santo, Él te capacitará para que des este paso. Tu vigilancia es señal de que quieres que Él te guíe. La vigilancia requiere esfuerzo, pero sólo hasta que aprendas que el esfuerzo en sí es innecesario. La vigilancia requiere un gran esfuerzo debido a nuestra resistencia a renunciar al yo que creemos que somos. Nos encantaría un curso que nos ayude a mantener nuestra individualidad y a ser felices, y no queremos uno que dice que nunca seremos felices hasta que renunciemos a nuestra identificación con el especialismo. Por eso el mundo ha odiado a Jesús, y por eso odia su curso. No estoy hablando de los "enemigos" del Curso, sino de sus amigos. Odian lo que realmente representa este curso y se ven obligados a cambiarlo. Tu no cambias a tus amigos, los aceptas como son, si es que son verdaderos amigos. Y esto no requiere esfuerzo. Muchos estudiantes quieren cambiar Un Curso de Milagros para que se lea de la manera en que quieren que se lea, lo que significa realmente no están

atentos a sus decisiones de ser egos.

(VC.10: 5-8) Has realizado enormes esfuerzos por conservar lo que inventaste porque no es verdad. Por lo tanto, ahora tienes que canalizar

todos tus esfuerzos contra ello. Sólo esto puede eliminar la necesidad de tener que esforzarte, e invocar al Ser que tienes y que eres. Este reconocimiento no requiere ningún esfuerzo por tu parte, puesto que ya

es verdad, ni tampoco necesita protección.

Tenemos que defender lo que hemos hecho porque no es verdad, la verdad

es una gran amenaza para nosotros mismos. Jesús a veces nos dice que

aprender este curso de salvación es fácil (por ejemplo, T-18.IV.7; T-31.I.1-

2). En otros lugares nos dice que es difícil, como lo hace aquí. Un Curso de

Milagros es fácil porque nosotros simplemente aceptamos lo que es verdadero y soltamos lo que es falso. Sin embargo, se necesita un esfuerzo

para rechazar lo que es verdad, porque buscamos continuamente demostrar

que lo que es falso es la verdad; el universo fue hecho literalmente para

demostrar que lo que no es verdad es verdad, y para ocultar lo que únicamente es verdad. Por lo tanto, debemos ejercer un enorme esfuerzo

para elegir lo que hemos elegido, porque nuestra resistencia a dejarlo ir es

muy fuerte.

(VC.10: 9-10) Descansa en la perfecta seguridad de Dios. Por lo tanto, la inclusión es total y la creación no tiene límites.

Nuestra verdadera seguridad radica en el reconocimiento de quiénes somos,

al aprender que tener y ser son lo mismo. El próximo capítulo continúa con

este tema muy importante de inclusión y unidad. Mientras vemos el terror a

identificarnos con la unidad, aún podemos aprender a elegir su reflejo del

perdón y curación, dos temas importantes del Capítulo 7.
Del libro "Viaje a través del Texto de UCDM" por el Dr. Kenneth
Wapnick.

Traducción al Español por Daniel Bezveselny

Grupo de estudio en Telegram

Viaje a través del Texto de Un Curso de Milagros por Kenneth
Wapnick.